



# sumergidos

Un relato de Judith Rull

# **Sumergidos**

---

**UN RELATO DE JUDITH RULL**

**Título:** *Sumergidos*

**Fotografía de portada:** © Gemma Silvestre

**Primera edición:** mayo 2019

Libro autoeditado propiedad de © Judith Rull

Queda prohibida la reproducción total o parcial del texto recogido en este libro por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la autora de la obra.

# Índice

[Sin regulador](#)

[Bucear](#)

[Primera cita](#)

[La 212](#)

[¡Sumergidos!](#)

[El rojo](#)

[Subiendo a superficie](#)

[Marta](#)

[Reencuentro](#)

*Dedicado a Julia y Mauro,  
por regalarme esta historia.  
A Marta: cree en ti, quiérete.  
A todas las mujeres*

En ocasiones es necesario olvidar lo que uno siente para recordar lo que valemos, porque siempre es mejor un largo olvido que un eterno tormento en el que terminemos derrotados, sin autoestima.

*«Nunca vuelve quien se fue, aunque regrese»*

# Sin regulador

Hay historias que comienzan y terminan, y otras, en cambio, nunca consiguen arrancar.

En ocasiones la vida te sorprende con una historia así de inexplicable, sin principio ni final, llena de complicidades y de causas imposibles, de deseo incontrolable, de pasión, de locura, de amor, de desencuentros, de instantes eternos y adioses inesperados... algo que se eterniza en el recuerdo de sus protagonistas, que quedarán marcados para siempre por todo lo vivido.

Mi nombre es Julia. Les diría que soy la protagonista de esta historia si no tuviese la extraña sensación de que sólo me he dejado llevar por ella, sin poder decidir cuándo se reescriben los besos y dónde debe ponerse el punto y final.

*Sumergidos* es un viaje a las profundidades «donde sus protagonistas se adentraron y prometieron reencontrarse». Dos almas enamoradas, mecidas por una misma brisa marina.

Respeto y respiro. Siento y vivo. Lo escribo.

Sin perder la sonrisa.

# Bucear

El sol lucía resplandeciente entre el azul infinito que unía mar y cielo. La brisa acariciaba mi piel, ligeramente bronceada en aquellos últimos días de septiembre, y sentía cómo mis ojos clareaban frente al intenso brillo de un mar en calma que besaba mis pies. Divagaba sentada en la cubierta del barco, dejando caer mis piernas por la plataforma de la «MARÍA», la embarcación con la que nos adentrábamos en el mar.

Por fin estaba allí, surcando el agua salina donde mis sueños siempre se hacían realidad y donde el peso de la vida flotaba con la misma levedad que mi cuerpo. Ese era el lugar al que pertenecía, donde me sentía yo misma, donde la felicidad parecía no tener límites.

Allí, el desordenado puzzle de mis emociones encajaba al fin, mecida por el mar, el sol, la brisa del aire que despeinaba mi pelo y la grandeza del océano. Deseaba zambullirme, fundirme con la suavidad del agua que tanto me calmaba y a la vez, saciar mi espíritu rebelde con aquella aventura. ¡Bucear, por fin iba a sumergirme!

Mientras saboreaba ese instante me preguntaba cuáles eran los motivos que me habían arrastrado hasta aquel lugar:

¿Esa pasión por el mar que me acompañaba desde la niñez?

¿Mión por descubrir nuevas experiencias y empapar me de nuevos retos? ¿O quizá una mezcla explosiva de todo? La respuesta era lo de menos. Sólo quería sumergirme en la fragancia marina mientras mis pensamientos se desbocaban al compás de mis pulsaciones.

Eché la vista atrás y ahí estaban los intensos ojos del instructor, Mauro, clavados en los míos.

—¿Estas preparada?

—¡Claro! —contesté con una sonrisa nerviosa—. ¡Preparada e impaciente!

Mauro me devolvió la sonrisa y exclamó con alegría:

—Pues venga... ¡Al agua!

Apreté mi máscara y el regulador con fuerza y salté con decisión.

No había llegado a percatarme aún de la densidad que me envolvía cuando Mauro se acercó y se puso frente a mí. A través de su máscara pude intuir de nuevo sus ojos que esperaban mi respuesta a la señal de «¿Todo ok?» que hacía con su mano derecha. Imité su gesto y, acto seguido, tiramos de la tráquea hacia arriba, deshinchamos el *jacket* y nos sumergimos.

Aquella primera sensación fue difícil de describir. Estaba allí, escuchando únicamente el sonido de mi respiración porque, efectivamente, respiraba bajo el mar y parecía no creérmelo del todo. Era tan increíble que me sentía paralizada ante aquella maravilla. Entrar en ese estado de flotabilidad neutra me creaba una sensación de libertad y de paz exultante. Era como bailar, como si me dejara llevar por la musicalidad de aquel azul. La danza, el arte y la belleza formaban parte de mi vida y estaban de nuevo allí. Podía sentirlo entre el silencio y los azules intensos del océano.

Nunca he dejado que el miedo amordazase mis planes, así que fue fácil dejarme llevar por la paz y la serenidad que me producía esta nueva experiencia. Tanto, que sin darme cuenta, comenzaba a alejarme de un modo inconsciente.

Bajo el agua, Mauro debió percibir mi emoción y la impetuosidad que rebosaba en mí, porque

me cogió de la mano y no me soltó en toda la inmersión.

¡Mi primera inmersión!

El tiempo en las profundidades pasó en un suspiro. Después de treinta y cinco minutos, Mauro me mostró sus manos cruzadas a la altura de las muñecas señal de que era el momento de volver a nuestro medio. Hinché mi *jacket* y subí a la superficie con la adrenalina rebosándome el pecho a borbotones y el corazón acelerado por la emoción. Cuando escupí el regulador solo pude emitir un exultante: ¡¡Guau!!

Mauro me miraba atónito, reía al verme soltar fuera todo lo que me bullía por dentro. Vi en su rostro esa mirada que se nos pone cuando nos sentimos realizados, cuando hacemos lo que realmente nos gusta y, además, obtenemos la gran recompensa de hacer disfrutar a los demás. A pesar de no perder esa compostura de instructor, era fácil intuir en él esa alegría incontenida, como la que siente un niño en un juego que no quiere que acabe.

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido? —me preguntó impaciente mientras se retiraba la máscara—.

Yo no podía responderle, me limité a resoplar y solté una carcajada. Él supo leerme la mente.

—Nada más que por experiencias como esta todo lo demás merece la pena ¿verdad?

Soltó una risa tremendamente contagiosa y me dio en el brazo con su codo reforzando esa complicidad que se había establecido entre nosotros. Yo no pude dejar de reír. Sentía una rigidez en el abdomen que me impedía incorporarme del todo, no sé si por las risas que Mauro me sacaba, por el peso del equipo o por el esfuerzo realizado, lo único que sabía era que estaba encantada con ese momento. Y, sin pretenderlo, lo dilataba y lo estiraba para que su recuerdo ocupase un espacio privilegiado en mi memoria.

Estaba decidida, aquello me apasionaba y quería continuar. Mauro seguía mirándome con sus peculiares ojos redondos y saltones, quería seguir deleitándose en mi felicidad sonsacándome retales que describiesen mi estado de ánimo. Me hizo saber que le había impresionado:

—Oye, pero muy bien ¿eh? Parecías una sirenita en su reino —bromeaba contorneando las palmas de sus manos para imitar el movimiento de un pez—. De hecho, me has dado un poco de miedo, si no te llego a coger de la mano te vas tú sola por ahí a recorrer el océano.

—¡Lo sé, me he dejado llevar un poco por la emoción! ¡Lo siento!

En realidad no lo sentía, mi espíritu aventurero no tenía límites y quería más. No pude resistir sentir envidia por Mauro.

—¡Tienes un trabajo estupendo! ¡¿No te sientes afortunado?!

—¿Esto? —se detuvo para medir la intensidad de sus palabras—. El buceo es lo mejor que me ha pasado en la vida. Me ha salvado en mis peores tormentas. Aquí uno sumerge sus penas y sus miserias, se las traga el mar y nosotros salimos a flote. ¡No hay terapia mejor, créeme!

En su confesión pude ver a Mauro más allá de esa apariencia de rebelde sin causa. Su voz parecía abandonar esa fachada socarrona y endiablada para mostrar una sensibilidad que no esperaba en él. Pero no tardó en volver a la compostura.

—¡Lo que pasa es que este no es mi trabajo —lamentó—.

—¿No? —pregunté, desilusionada—.

—¡Qué va! Esto lo hago los fines de semana para bucear. Ahora mismo solo puedo tenerlo como hobby. ¡Ya me gustaría vivir de esto, ya! Es mi válvula de escape, mi espacio. Donde me siento bien y rompo la rutina del día a día, los problemas, la ciudad, la familia...

De regreso al club, lo asedié a preguntas y curiosidades sobre su experiencia profesional en el buceo y él aprovechó mi entusiasmo para convencerme de que me apuntase al primer curso que impartiría en breve.

Mientras me hablaba empecé a no atender a sus explicaciones sobre las partes teóricas y prácticas de las que se compondría el curso. Por alguna razón, su pronunciación me causaba una risa constante, era como si siempre estuviera bromeando y comencé a intuir que él era consciente de la simpatía que me despertaba. Cuando provocaba mi sonrisa, se regodeaba en exagerar aún más el tono de sus palabras para provocarme de nuevo... Tenía un perfil un tanto «macarra» que me resultaba de lo más peculiar.

Cuando terminó su explicación fingí haber comprendido todo y me despedí complaciéndole:

—¡Ten por seguro que lo haré, profe!

Al percibir que me marchaba él también se apresuró a despedirse:

—¡Estoy seguro de que lo harás!

Caminé unos pasos y, cuando volví la vista atrás, él seguía mirándome mientras me alejaba. Esbozando una de sus mejores sonrisas, gritó:

—¡Recuerda que te estaré esperando! ¡No vas a encontrar un profe mejor!

Cuando llegué a casa alargué los minutos bajo el agua de la ducha hasta trasladarme de nuevo a la cubierta de la «MARIA». Reviví toda la mañana. Mi primera inmersión. El paraíso que se esconde en el lecho marino y esa sensación de sentirte integrada totalmente en él. Deseaba, en serio, volver a sumergirme. Estaba decidida a aceptar la proposición de Mauro de inscribirme en el próximo curso. Me inspiraba mucha confianza y bajo el agua llegué a sentir una gran complicidad entre nosotros. Estaba segura de haber encontrado un aliado perfecto para mi gran aventura bajo el mar. Me sentía en deuda con él y no podía evitar sentirme culpable al despedirme de una forma tan rápida. Pero no podía demorarme demasiado o llegaría tarde a mi cita con Estela. ¡Es verdad, Estela! Casi lo olvidada. Salí disparada de la ducha y me deslicé sobre el suelo con mis pies mojados hasta atrapar la toalla.



Cuando llegué al restaurante, Estela ya estaba esperando sentada en una mesa. Ojeaba la carta con el ceño fruncido. Me acerqué hasta ella exagerando un poco mi estado de hiperventilación, para que apreciase bien la fatiga que sentía al haberme esforzado tanto para llegar puntual. Cuando tomé asiento se adelantó a saludarme:

—Estoy impaciente por saber qué te ha hecho llegar tarde —dijo tajantemente sin levantar los ojos de la carta—.

Yo no pude más que sonreír y disculparme:

—¡Jo, lo siento! ¡Te prometo que he corrido como nunca!

—Ya, ya. Eso no lo dudo. Lo que me intriga es el motivo...

—¿El motivo de qué?

—El motivo de por qué has llegado tarde —dijo, con cierto retintín, adoptando ese papel de poli malo en un interrogatorio que a mí siempre me hacía reír—. A ver, ¿cómo se llama?

—¿Cómo se llama quién?

—Él. ¿Cómo se llama él?

La carcajada que emití llamó la atención de los comensales de las mesas aledañas y la de los

camareros de la barra. Estela siguió insistiendo:

—¿Me tomas por boba? Llegas tarde, vienes exultante, asquerosamente bella y bronceada y — mientras bajaba un poco los párpados para poner su característica mueca inquisitorial— los ojos te centellean ¿Quién es él?

—El MAR —se me ocurrió decirle entre risas—. Pero, al percibir su cara de extrañeza, me vi obligada a aclarárselo—. Hoy estuve en el mar. ¿Mi primera inmersión, recuerdas?! ¡Te lo conté por teléfono el otro día!

Estela, por fin, cambió la expresión de su rostro:

—¡Ah, es verdad! ¿Cómo ha ido?

Por fin dejó la carta sobre la mesa y atendió con gran interés a la descripción de todas las sensaciones que había experimentado aquel día. Creo que, incluso, conseguí despertarle cierta curiosidad por el mundo marino.

—¿Y cuándo volverás a repetir?

—Pues estoy planteándome volver en la próxima primavera. El instructor me está insistiendo para que me apunte a un curso que empezará en breve, pero creo que ahora no podré, en septiembre tengo mi despacho a tope de trabajo.

Estela adoptó de nuevo su mirada inquisidora y volvió al modo interrogatorio. ¡Ahora sí que me esperaba un tercer grado sin piedad!:

—¡Ajá! ¿Hay un instructor?

Yo empezaba a sentir que me dolía la cara de tanto reír:

—No sigas por ahí, Estela. ¡No seas pesada! No es eso para nada...

—¿Cómo se llama?

—¡Qué más da cómo se llame!

—Que cómo se llama —me repitió, en tono condescendiente, alargando cada sílaba—.

—Ma-a-a-auro —le respondí complaciente—.

Y al pronunciar esa palabra fuera de su contexto, sin la adrenalina nublándome los sesos, caí en la cuenta de que era un bonito nombre. Estela abrió los ojos y repitió «Mauro» casi susurrando. No tardó en sentenciarme:

—Te gusta.

—¿Qué dices? ¡Claro que no!

—¿Es guapo? —preguntó, sin poder evitar reírse también, abandonando su papel detectivesco al verme incapaz de seguir la conversación por el ataque de risa—. Vale, vale. No te gusta. Pero cuéntame, ¿cómo es ese tal Mauro?

Bebí un poco de agua antes de exponer y así medir mis palabras.

—¡Eres un caso! Pues no sé, la verdad es que parece un hombre entrañable. Es de esas personas que, nada más verlas, sabes que cae bien a todo el mundo. Creo que me ha sabido entender a la perfección en esta experiencia. No sé, he sentido mucha complicidad con él. Pero nada más ¿eh?

Estela me escuchaba con mucha atención. Tras dar un sorbo a la copa de vino volvió a preguntarme:

—¿Pero es guapo o no es guapo? ¿Qué edad tiene? ¿Soltero, casado, viudo? ¿Hijos? ¿A qué se dedica? ¿Vive aquí o en la ciudad?

Volví a sonreír. Esta vez sin carcajada y evitando su mirada mientras jugueteaba con las migas de pan sobre el mantel.

—Bueno, es alto, entrado en años, totalmente inelegante, calvo... incluso con un sobrepeso

importante. Casado, sí.

La descripción debió decepcionar a Estela, que se apoyó contra el respaldo de la silla y perdió la vista en los restos de comida de su plato, quizá algo preocupada porque la precisión de su radar de *affaires* comenzase a fallar. Quise romper el breve pero incómodo silencio en el que nos habíamos sumido y me apresuré a añadir:

—Pero es encantador ¿eh? Tiene una sonrisa cautivadora, no sé... Su mirada esconde cierto magnetismo, es poderosa y dulce al mismo tiempo...

—Ya, ya, ya... Vamos, un encantador de serpientes de manual —apuntó Estela—.

—Totalmente —acerté a decirle—. Y rompimos a dúo en un estallido de carcajadas cómplices.

Pedimos el postre, como siempre, de chocolate, y terminamos nuestro encuentro lleno de sonrisas, como de costumbre. Porque la risa siempre ha sido una forma de comunicación natural entre nosotras, ya desde aquellos primeros años de instituto en los que don Eugenio nos invitaba a continuar con nuestra cháchara en el pasillo para que él pudiese seguir con su clase de Historia. Nos reíamos incluso con los ojos llenos de lágrimas, cuando le partíamos el corazón al chico de turno y le deseábamos una gastroenteritis fulminante. Estela siempre ha sido mi cómplice y confidente, una de las pocas personas con las que siempre me he permitido reír y llorar sin necesidad de dar explicaciones. Por eso, a pesar de mis intentos de ridiculizar sus ideas premonitorias, ella siguió convencida de que tarde o temprano ocurriría algo entre Mauro y yo. Era inútil intentar contradecirla cuando adoptaba ese rol de madre todopoderosa conmigo: tenía la certeza de saber más cosas sobre mí que yo misma. Caminamos hasta el aparcamiento y nos despedimos prometiéndonos que no volveríamos a dejar pasar tanto tiempo para volver a vernos. Cuando estaba a punto de arrancar, puso su expresión más socarrona, bajó la ventanilla de su coche y me soltó un: «¡Espero que la próxima vez que nos veamos no sea en tu boda con el buzo, chica de la sonrisa!» Se carcajeó con su propia ocurrencia y se marchó dejándome, como siempre, con la sonrisa dibujada en los labios.



El azul del verano fue perdiendo intensidad hasta que un gris otoñal comenzó a devorar todos los matices que mantenían vivas las cenizas de unos meses maravillosos. No recordaba haber vivido un verano con tanta intensidad como aquel.

Habían sido unas vacaciones increíbles en Calvados, ese pueblo marinero con su paseo junto al mar que desembocaba en el puerto hasta la cala de Santa Anna. Me gustaba pasear allí bajo el sol, inundarme de su luz mientras me envolvía la brisa de la mañana con su olor a sal y a vida. Ese pueblo pescador me cautivó. Me enamoré de la música de sus olas rompiendo en la punta y de su profundo silencio al mirar hacia el horizonte. A veces parece que siempre estoy ahí, como una estatua embriagada por la marea, la calma, la lucha, la paz... Respiro profundamente y puedo sentir, oler cada segundo vivido.

Intentaba, sin éxito, hacer una lista de memoria donde enumerase todas las actividades y retos que había llevado a cabo, pero era imposible, no conseguía recordarlas todas.

Sin duda, de todas las experiencias vividas, bucear había sido mi mejor descubrimiento. Pero ahora, poco a poco, el frío empezaba a ganar terreno a ese entusiasmo cálido. La vuelta al trabajo no había sido nada fácil, pues con el tiempo había sabido detectar que la monotonía era mi peor enemigo.

Todo parecía igual que el último día antes de mis merecidas vacaciones. Todo igual, salvo por aquellos post-its en mi mesa con varios números de posibles clientes y socios que habían telefonado durante mi ausencia.

Comencé a percibir que los días eran algo más cortos y eso me turbaba. Cuando anocheecía sentía esa eterna y neurótica impresión de tener todo sin hacer. Pero no era momento de dejarse vencer por el pesimismo, sabía que todo lo que tenía que hacer era reordenar mis pensamientos y canalizar mis inquietudes en otras actividades acordes al frío. Aunque he de confesar que sufría un tipo de amnesia que me imposibilitaba recordar qué es lo que exactamente había hecho el invierno anterior para escapar de la rutina.

Una noche llegué a casa con ese optimismo a flor de piel, convencida de que la vida me sonreía, y con mi sonrisa siempre prendida, esa que tanto me caracterizaba y que se había convertido en mi estandarte.

Descorché un buen vino blanco para la cena, elegí el romanticismo de la música de Chopin como acompañante de fondo y rescaté mi agenda del escritorio para poner fecha a mis próximas citas y eventos de invierno. Empezaba la temporada de Ballet y Ópera en el Liceo y el programa era sublime. Me quedé algo absorta en mis recuerdos como bailarina hasta volver a la agenda que tenía en mis manos.

Mientras saltaba hojas del calendario interceptando puentes y festivos, mi móvil vibró en la mesa. Lo alcancé y vi en la parte superior de la pantalla la notificación de un mensaje. Desplegué la ventana para leerlo y me extrañé al leer el emisor: «M. buceo». Tardé unos segundos en reaccionar hasta que recordé que ese era el nombre que le había puesto al contacto que me habían facilitado en el club cuando me asignaron a Mauro como instructor. Era su teléfono. Un escalofrío recorrió mi espalda. Tragué saliva y seguí leyendo:

—¿Qué tal tu vuelta a la rutina? Espero que estas primeras tormentas de otoño no enfríen tus ganas de apuntarte al curso.

Dejé caer la mano que sujetaba el móvil sobre la cama y volví a posar momentáneamente mi mirada sobre el programa.

Comenzaba a intuir que eso de ordenar mi cabeza iba a ser más difícil de lo que creía.



# Grial del amor

Perdido entre las olas de tu pelo,  
náufrago de besos y caricias,  
me aferro al rumbo de tus manos,  
timón y velas del buque que diriges.

Salvando escollos y tristezas,  
atisbo en lo lejano tus dos senos,  
islas de dulce y calma acogida,  
refugio sereno, firme, de sólida constancia,  
abiertos, generosos, cobijo de inclemencias y zozobras.

De ellos parto a mi destino.  
A tu cala, puerto y rada, rompeolas del desamor,  
gruta escondida, abrigo y refugio de travesías azarosas.  
Anclar allí mi deseo quisiera  
y fondear mi alma para siempre, templar angustias y desengaños,  
aplacar para siempre la pena del que solo navego  
con mentiras y vilezas y conocer el horror de verse  
sepultado por olas gigantes hechas de fatalidades.

Desde esa cueva  
explorar el terciopelo de tus piernas desearía,  
tu boca que es manantial de risa,  
tus ojos, señales en la noche.

Sumergirme en cuerpo y alma,  
medir tu ser muy poco a poco, aspirar tu olor,  
palpar tu piel, recorrer entera tu persona una y  
mil veces, hasta grabar tu cuerpo en mi retina,  
y saber, a ciegas, donde se encuentran los hitos  
de tu amor, de tu deseo.

Y volar sobre ti, como el albatros,  
para verte en tu conjunto,  
isla adorada, la del tesoro, la escondida del Neptuno,  
la que solo rinde sus milagros a buzos que, como yo,  
llegaron a sus costas agotados,  
buscando el Grial del amor puro,  
esa extraña y mística caricia que cura  
y otorga la bendita gracia de sentir  
el cariño más hermoso y más profundo.

# Primera cita

Por chat, Mauro era igual de adulator que en persona. Mientras leía sus mensajes no podía evitar imaginármelo frente a mí, escuchando su risa contagiosa. Tenía la gran habilidad de escribir en el mismo tono en el que se expresaba, con esa misma naturalidad, con esa infinita cercanía.

Me atrapaba en un delicado y extraño lazo de complicidad, la misma que sentí desde el primer día, cuando lo conocí. Una confianza que a veces me llevaba a una tormenta de incómodos pensamientos. «¿A qué viene todo esto?» Yo tenía claro que había encontrado en Mauro a una persona interesante, de la que quería saber más. Un amigo inesperado y repentino con el que me sentía muy a gusto. Pero a veces dudaba del sentido que estaban tomando nuestras conversaciones. Dudaba de sus intenciones. Y, lo que es peor, comenzaba a dudar de las mías.

Pese al malestar que me generaban, intentaba no detenerme mucho en esos pensamientos tan analíticos y tan recelosos. Quise limitarme a vivir el presente, sin la necesidad de ponerle un nombre a lo que estaba ocurriendo.

Con los días fui conociendo un poco mejor a Mauro. Todo lo que iba desgranando de su personalidad encajaba con la idea que me había hecho de él. Era como si lo conociese desde siempre o como si un personaje de mis poemas se hubiese encarnado en él.

El otoño arrancó las hojas de los árboles y se llevó también las del calendario. El invierno apenas pasó inadvertido y, sin ser muy consciente de lo que estaba ocurriendo, aquellos confusos mensajes con mi instructor de buceo habían adquirido ya la categoría oficial de flirteo cuando llegó el mes de marzo.

Mauro me hacía reír siempre con ese pícaro juego suyo que consistía en forzar dobles sentidos hasta en las frases más inocentes.

M: ¡Toc, toc! ¿Cómo se ha levantado hoy la princesa? J: ¡Holaaaaa! Muy bien. Ya trabajando. ¿Y tú?

M: Estoy calentando el agua, comprobando el PH y sacudiendo la alfombra roja para ver si una chica muy guapa y simpática se anima a hacer el curso de buceo!

J: Ja, ja, ja... ¡Eres tremendo! Ve calentando, ve calentando que me pongo en marcha.

M: En ello estoy... porque estamos hablando de buceo ¿verdad?

J: ¡Oye! tú eres un bicho ¿verdad? M: ¡Y de los grandes! Ja, ja, ja.

¡Era tan divertido! Todo parecía un juego con él. Un juego que, sin darme cuenta, comenzaba a ser adictivo. Pronto mi curiosidad empezó a ir a más. Sabía lo esencial en la personalidad de Mauro, o mejor dicho, lo superficial: lo que él había querido enseñarme. De todas sus versiones estaba completamente segura de que estaba conociendo la mejor, no era para menos. Incluso yo misma parecía caer en esa coquetería ñoña, casi adolescente, cuando le escribía. Sentía una vergüenza atroz cuando releía una y otra vez mis palabras en el chat. Pero mentiría si negase que adoraba torturarme relejando mi parte superficial, la versión de mí misma que yo le ofrecía a él.

Me detuve un instante a mirar la parte superior de nuestra conversación: con letras mayúsculas se leía claramente «MAURO» (por fin había cambiado el nombre del contacto) y al lado una foto circular donde se veía el amanecer de una cala. Me detuve ahí, agrandando la imagen. Reconocí, con esos colores de sol poniente, la cala de Santa Anna, su preferida. Deseé, por un momento,

haber vivido ese instante y compartirlo con él.

Realmente, había llegado un momento en el que no me importaba si vivía con su madre, si estaba casado, viudo o divorciado o si era homosexual, solo quería saber más de aquella persona que empezaba a sentir como alguien muy cercana a mí. Sabía que era un hombre casado y con hijos, pero me comía la curiosidad de saber hasta qué punto era fiel a su mujer, si conmigo intuía ese coqueteo constante. Dudaba si esos dobles sentidos donde siempre veíamos connotaciones sexuales eran una tónica natural en él o solo utilizaba ese juego conmigo en realidad con un sentido claro.

De este modo, buscaba siempre la manera de sacar el tema pero siempre me asaltaban los nervios propios de una niña impertinente que no se atreve a formular una pregunta traviesa porque sabe que en ella hay algo pecaminoso. No me atrevía.

El tema de su familia parecía un tema tabú entre Mauro y yo, pero creo que no lo hicimos de un modo consciente, sino que, simplemente, formaba parte de esas conversaciones que entorpecían el platónico idilio que habíamos empezado a vivir.

Al principio intentábamos no profundizar demasiado en nuestros sentimientos, pero ambos teníamos la convicción de habernos encontrado en el momento preciso. Cuando más nos necesitábamos. Él parecía rellenar mis hojas en blanco, me ayudaba a canalizar toda la verborrea que no conseguía volcar ni siquiera en mis poemas.

Ese hombre grandullón y soez en sus vocablos me despertaba un sinfín de ternura y una gran felicidad cuando veía un nuevo mensaje suyo. Y ¿por qué no? Ya era hora de que alguien (me refiero a alguien que no fuese mi queridísima amiga Estela) me recordara que tengo una mirada dulce y cariñosa y que soy una mujer bella y elegante. Sí, bella y elegante. Eran dos atributos que Mauro solía adjudicarme en muchas de nuestras conversaciones y yo me sentía halagada, no lo niego, pero tenía que al usar esos adjetivos cayera en una especie de ensalzamiento hacia mi persona o mi status. Mauro y yo parecíamos pertenecer a dos mundos diferentes y teníamos una vida muy distinta: él trabajaba como comercial y yo estaba inmersa en el mundo empresarial. Pero a pesar de tener unos hábitos y un estilo de vida dispar, encajábamos a la perfección y estábamos siempre en sintonía. Es más, mi admiración por él estaba en un perpetuo in crescendo, hasta el punto que llegué a envidiar su profesionalidad, su pasión por el mar y el buceo.

Era fácil detectar en Mauro esa felicidad que le inspiraba sumergirse. Me insistía todo el tiempo para que iniciase el primer curso y lo cierto es que me seducía la idea, más aún cuando me mandaba constantemente ultimátums de que se iba a bucear con tiburones. Al principio pensaba que era un vacile de los suyos, «¿qué tiburones?», pero lo cierto es que no era la primera vez que lo hacía. Viajaba cada año con amigos y socios del club. A pesar de la experiencia que suponía pasar una semana embarcada en medio del océano, el trabajo acumulado y el tiempo otoñal no me ayudaban a tomar una decisión para empezar el curso. Me apasionaba imaginarme buceando aquellas aguas, pero esperaba el momento idóneo. ¿Quién sabe?



Mauro se marchó. Y yo no podía evitar sentir cierta culpabilidad por no haberme lanzado, pero

empaticé totalmente con su emoción en los días previos al viaje, aunque me degollase a través del chat por no acompañarle.

M: Ya te vale, brujita. Al final me abandonas y me voy solo. J: ¿¡Solo!? Si va de expedición casi todo el club!

J: Casi todos... ¡menos tú!

M: ¡Ohhh! No me hagas sentir mal, profe. Te prometo que para la próxima estaré preparada.

J: Cuando te animes a ir yo no iré, para que pruebes de tu medicina.

J: ¡Pero qué bicho malo eres!

Lo sorprendente fue que, a pesar de la precaria cobertura que se tiene cuando estás en medio del océano, seguí recibiendo mensajes de Mauro. Llegué a sentir su ausencia y no me lo explicaba porque, aunque con menos asiduidad, seguimos conversando y realmente nunca nos veíamos pero, por alguna extraña razón, el simple hecho de saber que estaba tan alejado me hacía sentir una especie de añoranza que sólo pude vencer cuando supe que ya había regresado.

Fue ahí donde empecé a ser más consciente de que habíamos creado una dependencia afectiva Mauro y yo. Aunque seguíamos sin vernos, casi sin pretenderlo, lo hacía partícipe de mi día a día.

En las frías mañanas de aquel invierno salía a correr por el paseo junto a la playa. Sentía la necesidad de estar cerca del mar a la par que activa. Y compartía ese momento tan especial con Mauro mandándole alguna foto del mar. Adoraba despertarle esa envidia sana:

M: ¡Qué bien vives, princesa!

Él ya estaba trabajando de nuevo en la ciudad y, a veces, detectaba esa desazón de no sentirse realizado en su trabajo. Sentí, claramente, que yo para él me había convertido en su mejor confidente e intentaba animarle de algún modo cuando él demandaba mi atención.

M: Hola... ¿Hoy no me dices cosas bonitas?

J: Pues claro que sí... ¿qué te pasa? ¿Estás tierno, bicho?

M: Un mal día la verdad. Lo mejor de hoy es hablar ahora contigo.

J: Venga, no te arrugues. Todo se solucionará.

Mauro tenía problemas en la empresa donde trabajaba, por lo que él me transmitía, parecía que estaba con un pie más fuera que dentro. En sus momentos de desahogo, llegó a confesarme que sentía cómo su vida parecía una montaña rusa. A su edad, pasados los cincuenta, le preocupaba no haber encontrado aún la estabilidad. Se lamentaba de su currículum, plagado de trabajos dispares y de corta duración. Lo veía vencido y me apenaba que toda esa congoja que arrastraba no pudiera compartirla con nadie, ni siquiera con la que debería ser su confidente más cercana...

J: Disculpa si soy indiscreta... ¿Puedo preguntarte algo?

M: Dispara, pero que no sea muy difícil, soy del género masculino. Ja, ja, ja...

J: ¿No hablas de esto con tu mujer?

M: La verdad es que no, a veces le explico cosas pero está más pendiente de las novelas. Se pasea con la tablet por toda la casa siguiendo sus series favoritas y no me presta mucha atención, así que... ¡Podría decirse que hace más caso al perro que a mí! Ja, ja, ja.

J: Entiendo. ¿No trabaja? M: No. No trabaja

Y ya que habíamos sacado el tema aproveché para averiguar algo sobre su nivel de promiscuidad. Por fin saqué la valentía:

J: Y... ¿la engañas o la has engañado?

Incluso yo misma me sorprendí de lo directa que había sido...

M: Bueno, que ella sepa, en los treinta años que llevamos juntos, dos veces. Al principio, cuando trabajaba de noche sirviendo copas. Que uno es muy fácil de convencer...

J: ¿Que ella sepa? Eso quiere decir que más veces. Cuéntame...

M: ¡Ja, ja, ja! a eres una «marisabidilla»... Si te lo contara todo tendría que matarte, que uno tiene un pasado muuuu oscuro.

J: ¡Glups! ¿Me he equivocado y estoy en el chat de «El Padrino»?

M: ¡Ja, ja, ja! Ya sé que te parecerá extraño... pero, en el fondo, la quiero.

J: Si, si, muy en el fondo, ya veo, ya... A eso se le llama apego, necesidad, confort... pero ¿amor? ¡¡Anda ya!! Si hay amor, si se quiere a una mujer, no se le engaña, ni se le miente, ni se le falta el respeto y tú, por lo que veo, llevas treinta años haciéndolo.

J: ¡Me voy a dormir!

J: Anda, borra todo esto, no te lo pille y la lías. M: Me encanta. Gracias, eres una mujer increíble. J: A dormir.

M: Gracias.

J: Pasa, desastre. Tira M: Ja, ja, ja.

Con Mauro no era difícil pasar de la ternura al desquiciamiento. A veces sentía ganas de matarlo y otras, encambio, de abrazarlo. Podía llegar a comprender sus contradicciones, su cobardía a la hora de tomar una determinación cuando las cosas no iban bien y yo le insistía en que tenía que aprender a pulir esas cosas que, al fin y al cabo, afectaban directamente a su felicidad. A veces lo veía pueril, tan inmaduro... y, aunque parezca mentira, eso me despertaba más ternura a la par que me asustaba.

Sí. Cuando me quise dar cuenta, el agua me llegaba ya a los tobillos.



Llegó el día en el que Mauro quiso dar un paso en nuestra... amistad. O lo que fuese. En ese momento creo que ninguno de los dos sabíamos ponerle nombre. O preferíamos no llamarlo de ninguna manera. Quería que nos viésemos.

Lo cierto es que caí en la cuenta de que habían transcurrido seis meses desde la última vez que nos habíamos visto y no me lo podía creer. La profundidad de nuestras conversaciones me había hecho olvidar que, realmente, mantenía una íntima relación con alguien que apenas había visto. Y, en parte, me asusté. Me paralizó la probabilidad de reencontrarme con él y que descubriésemos que éramos dos desconocidos. Así que él insistía y yo... yo no estaba segura de que fuese lo mejor, pero tampoco podía negar lo evidente.

M: ¡Toc-toc! Hola, ¿cómo tenemos esa cervecita pendiente? J: Avísame cuando estés por aquí, me escapo y tomamos algo.

M: Creo que sí quedamos así... esto va a ser tan complicado como hacer el curso. Mejor dime tú cuando te va bien y yo me organizo. Ahora la pelota está en tu tejado o algo así, no? Ja, ja, ja.

Desperté después de una noche de profundo sueño, tenía el móvil en la mano y la conversación con Mauro permanecía abierta. Releí su último mensaje y le escribí:

J: Toc-toc. ¡Uy, mira! Acaba de caer una pelota en mi tejado... M: ¡Hola! Ja, ja, ja ¡¡Sí!! Dime dónde, día, hora...

Finalmente quedamos para comer... medio año después... Medio año, de conversaciones

diarias de risas y fultreos que se habían convertido en una costumbre adictiva entre los dos.

Nos repartimos responsabilidades para nuestro reencuentro. Yo elegí el día y la hora. Él elegiría el lugar. Días antes había percibido en las palabras de Mauro cierta sensibilidad que se acentuaban con el uso de emoticonos de corazones y besos en el aire. Sus halagos habían tomado un cariz tan «pasteloso» que incluso, consciente de su desnudez, exageraba sus adjetivos y cumplidos con discursos empalagosos completos de dibujitos románticos.

El restaurante escogido era fantástico. No habría imaginado un mejor sitio para nuestra primera cita y no imaginaba mejor compañía con la que visitar, al fin, aquel local que regentaba un viejo amigo. Aquel día salí por la puerta no sin antes sonreír veinte veces al espejo.

Aparqué el coche y caminé hacia el restaurante sin dejar de mirar el mar. Sonó mi teléfono:

—¿Dónde estás?

—Llegando —respondí—.

Nada más entrar por la puerta sentí calor en las mejillas, los nervios hacían de las suyas. Allí lo encontré. De espaldas. Mirando su móvil. Supe que, al igual que yo, estaba sumido en un mar de nervios. Era evidente que combatía esa impaciencia agónica mirando una pantalla vacía en su teléfono y dando la espalda a mi entrada en su mundo.

Ese niño travieso y calvo, de complexión fuerte, me dejaba sola ante al abismo y volvía a pasar la pelota a mi tejado para que fuera yo quien rompiera la barrera del miedo con un dedo tímido llamando en su hombro. Pero no lo hice así, quise que recibiera un cubo de agua fría. Acerqué mi boca y le susurré en el oído: «Estás más gordo».

Encogió los hombros en un acto-reflejo y se volvió hacia mí lentamente.

—Luego dices que soy yo el bicho.

Ambos intentábamos disimular los nervios y la vergüenza, pero estaba claro que éramos dos pésimos actores.

—¡Estamos aún en marzo, déjame algo de tiempo para empezar la operación «neopreno»! — me decía mientras me regalaba un cálido abrazo—.

—¿Te gusta el sitio?

—Me encanta —le dije, casi mintiéndole, porque había percibido la belleza del lugar en su conjunto, pero aún no había entrado en detalles—, no podrías haber hecho mejor elección, pero he de confesarte que ya lo conocía.

—Ah, ¿ya habías estado aquí? —me preguntó contrariado—.

—No —le dije—. Pero conozco al dueño del restaurante y lo tenía como algo pendiente.

Nada más mencionárselo apareció Félix en escena que, con la cara de asombro, vino hacia a mí con los brazos abiertos de par en par.

—¡No me lo puedo creer! ¡Por fin te has dignado a venir a verme! —dijo con un tono alegre pero con su toque de reprimenda—.

Tras el fraternal abrazo, presenté a los dos varones que tenía junto a mí y no hizo falta mucho más para que empezaran a bromear con lo exigente que éramos las mujeres, y yo especialmente, quien, por lo visto, me hacía siempre de rogar, o por lo menos ambos parecían coincidir en esa idea. Mauro, haciéndole un guiño a Félix, soltó una de sus carcajadas mientras decía:

—¡Medio año me ha costado conseguir esta cita!

Los tres reíamos mientras Félix nos ubicó en la mejor mesa, sin duda. En la terraza, con vistas al mar. El aroma salino y floral se me agolpó en la nariz y me erizaba la piel.

No podía dejar de observar a Mauro. Poco a poco había ido perdiendo la timidez y me mantenía más la mirada. Tal y como sospechaba, no era el mismo personaje que medio año atrás

había conocido. Aquel instructor de buceo no tenía nada que ver con aquella nueva criatura que le gustaba mostrarse ante mi tal y como era.

Nos reíamos durante la comida. No hacía falta pronunciar palabras para que nos entrase esa carcajada contagiosa que tantas ganas tenía de volver a vivir en directo.

El sol seguía su curso y los reflejos anaranjados del mar cubrían el rostro de Mauro. Él debió de percibir en mi cara esas mismas tonalidades porque se quedó mirándome fijamente en silencio, con una mueca sonriente.

Me perdí en sus labios.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunté, sonriendo, como quien busca una razón para dejarse hundir en las profundidades de lo desconocido—.

Él esquivó mi mirada y balbuceó algunas vocales inteligibles e inconexas. Nos sorprendimos de aquel ataque de tartamudez y volvimos a reír. Cuando consiguió reponerse consiguió decirme algo que sí pude entender.

—Todo lo que hago cobra sentido... si lo comparto contigo.

Aquella sobremesa se dilató hasta última hora de la tarde, Félix cerró el local y el tiempo se detuvo en aquella terraza. Como en una fotografía donde, de espaldas, divisamos el horizonte marítimo y saboreamos el prelude de lo inevitable.



Aquel mes de marzo olía a mar, a sol, a tardes de terrazas frente al mar, de conversaciones interminables mientras comíamos, cómplices entre sonrisas que aventuraban una historia que jamás habíamos soñado ninguno de los dos. Afianzábamos día tras días el comienzo de algo que marcaría el rumbo de nuestras vidas para siempre.

Sin saberlo, ni ser del todo conscientes, empezábamos a sumergirnos.

Aquel instante. El mar. Y Tú mirándome.

# Preludio bajo el agua

Una risa fresca cascabelea  
divertida, franca, directa.

Sus escalas alegres llenan el escenario de la vida  
y sus acentos coloridos embellecen el teatro vetusto, acartonado.

Es el preludio de una danza cuajada de esperanza,  
fuerte, que se sobrepone a los violines melancólicos  
y a la fría tonada del metal.

Los acentos luminosos de esa risa esparcen nubes de dorados tintes  
e iluminan la densa oscuridad del proscenio.

La risa trenza y destrenza  
movimientos menudos y ágiles,  
saltando, caracoleando, haciendo vacilar  
a las sombras que reculan,  
amedrentadas por su vigor audaz y su tremenda osadía.

Prosigue su increíble coreografía,  
hecha de pasión salvaje y pura,  
con la alegría que nace de la fuente de la vida,  
hace brotar cascadas, amaneceres e ilusiones  
transformando el viejo escenario, polvoriento y ajado,  
en un bosque pletórico de flores y dulzura,  
de espuma de mar y sal marina.

La risa danzarina lo domina todo  
y todo lo ilumina,  
haciendo empalidecer a las arañas de luces,  
inundando la sala y los corazones de los presentes,  
llevándolos a un estado de paz serena, de bienestar sin límite.

Y, cuando lo ha conseguido, prosigue, jovial,  
su camino hacia otros lugares que la esperan,  
dejando tras de sí una estela de miles de pequeñas estrellas  
que contienen la esperanza.

El mar. Tu sonrisa. Tú.

## La 212

Aquella cita marcó un antes y un después en nuestra relación. Fue como si hubiésemos derribado una barrera y nuestras palabras se hubiesen impregnado de una naturalidad exquisita. Bromeábamos continuamente y, al mismo tiempo, nos profesábamos un cariño que ambos parecíamos anhelar, como si hubiésemos liberado al fin la tormenta de caricias que conteníamos tras las fronteras quebradizas de la piel.

Nuestras citas se hicieron más frecuentes y cada semana acertábamos el tiempo sin vernos. Cualquier excusa era buena para quedar, comer, compartir tardes de café, paseos y conversaciones... muchas conversaciones y sonrisas. Mauro me había nombrado, literalmente, su confesora oficial, y yo estaba encantada con ser ese punto de apoyo, ya que él, sin yo haberlo pretendido, se había convertido también en el mío. Se desahogaba a menudo con su situación laboral y familiar y empecé a ser consciente de toda la confianza que estaba depositando en mí. Además, habíamos roto ese envoltorio de timidez en el que nos reteníamos: a Mauro ya no le importaba hacer evidente que estaba rendido a mis pies y, en lo que a mí me respecta, también había perdido cualquier intento por resistirme.

Los mensajes habían adquirido una dimensión más profunda y nuestros desvaríos lo mismo rozaban el romanticismo más empalagoso que fantaseaban con el hedonismo más picante y erótico. En nuestros encuentros, su mirada empezó a volverse más intensa y pausada y, a la vez, más enigmática. Clavaba sus ojos en mí de una manera en la que podía llegar a sentir mi propia desnudez. A veces le hablaba y tenía la impresión de que estaba ausente, de que tenía la cabeza en otra parte. Conmigo, pero en otro lugar, lejos de miradas y de focos.

Un día intenté imitar esa costumbre intimidatoria que él había empezado a adoptar. Cuando pronuncié la última palabra de lo que ya se había convertido en un monólogo y vi que Mauro tenía sus ojos otra vez clavados en mí, sin despegar sus labios para aportar algo a la conversación, me quedé mirándole de la misma manera con la que él lo hacía. Pude aguantar la risa, no quise ser yo quien interrumpiera aquel duelo. Pero lo que empezó como una competición pronto se convirtió en una situación extraña que despertó mi nerviosismo. Miraba su mirar y la respiración se empezó a acelerar. Tragué saliva y sentí que Mauro podía haber reparado incluso en el trabajo que mi garganta estaba haciendo para digerir tanta presión. Un fuego me devoró el vientre y ascendió hasta mi cabeza. Sentía mis mejillas arder y mis ojos estallar, como si las lágrimas se me agolpasen hasta diluir el rostro de Mauro. Me di por vencida y aparté la mirada.

Él persistía en esa actitud absurda y me negué a mirarle hasta que rompió su silencio:

—Julia —dijo con la voz quebrada—.

Alcé la vista y, cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse, soltó lo que llevaba tiempo queriéndome decir:

—Quiero hacerte el amor.



No es sencillo percibir la belleza de un mar inestable. La mayoría de las personas se fascinan con la timidez de una brisa, con el manto de agua en calma reflejando la serenidad de un cielo. Y luego estamos quienes huimos de esa tranquilidad, quienes nos dejamos arrastrar por el hipnotismo de un oleaje, de ese mar que no quiere adormecerse y busca ansioso la violencia del capricho de un viento, una sacudida, un temblor... Oigo vibrar mi móvil sobre la mesa del salón. Lo hace, como de costumbre en estas últimas semanas, de forma intermitente y descompasada.

Nos refugiamos tras las palabras y jugamos a ser dioses desatando tempestades, removiendo entrañas, buscando, febriles, liberar ese océano virulento que ya apenas conseguimos contener tras las ropas.

Paso la mano por el espejo y tras el vaho sorprendo a mi rostro ausente, que fantasea con el contenido de sus mensajes. Un nuevo aleteo recorre mi ombligo...

No quiero ser la luz con la que distraer su desdicha. No voy a salir corriendo una vez más a coger el maldito teléfono y dejarme conquistar con sus palabras.

Empiezo a cansarme de incumplir los juramentos que me hago a mí misma. He perdido la cuenta de cuántas veces he dicho que esa conversación sería la última. Que, de ahora en adelante, nuestra relación no iría más allá de la que puedan tener dos amigos. Por un momento, llego a creerme mi propia mentira. Hasta que soy consciente de que hace tiempo que amortajé mi sensatez, que la desterré en lo más hondo de mi interior, donde no llegan ni los pensamientos, donde nadie, ni siquiera mi conciencia, puede oírla... excepto los buzos, porque aquellos que se sumergen pueden alcanzarlo todo: habitan las profundidades, los rincones oscuros, los silencios.

Me falta el aire. Necesito salir de este baño. Necesito coger el maldito teléfono, aunque querría alargar estos minutos, regodearme en un pequeño triunfo, en esa impaciencia que imagino en su rostro, en sus redondos y abiertos ojos expectantes, en su sonrisa apretada esperando mi respuesta.

Desenredo la toalla de mi pelo y la abandono junto a mis promesas en el suelo del salón. Menguo dentro del albornoz cuando veo que no es un mensaje suyo.

Sonrío y me río de mí misma. Me refugio en el sofá e intento inútilmente paliar esta sensación de desahucio recolocándome el albornoz hasta cubrir mi pecho. «Sólo son mensajes, un simple juego» —me digo en voz alta para consolarme—. Pero no, es mucho más que eso: es un salvoconducto hasta el abismo. La confirmación de que me siente como yo puedo sentirlo. La señal para dejarme caer al precipicio. Son unas palabras que aún aguardan. Que se sienten, aunque no se pronuncien, aunque nunca se materialicen y se hayan acobardado por temor a ser descubiertas.

El teléfono vibra entre mis manos y me devuelve a la realidad. O me entrega definitivamente a la locura:

M: Bruja, mañana te espero. ¿Vendrás? Dime que sí. No puedo esperar más...

Se me acelera el pulso, la saliva que se me espesa en la garganta. Otra vez él, impulsivo, saltando al vacío. Y yo... empiezo a sumergirme con él.



Aquel cuatro de mayo me sentí amanecer de un modo radiante. El sol entraba por mi ventana acariciando mi rostro y salté de la cama. Reconocí ese aroma candente que alerta de la peligrosidad de la primavera. Me miré al espejo y, mientras mi cabeza intentaba razonar, yo seguía el ritmo acelerado de mi corazón. Me vestí y salí al exterior sin darme tiempo a pensar nada más.

Entré en el coche, miré el móvil y ahí estaba su mensaje:

M: Toc-toc. Bruja, no he podido dormir, ha sido una noche larga sin dejar de pensar en ti. ¿Estás bien? ¿Estás segura? Yo estoy llegando, he salido muy temprano de casa. No tardes. Te espero.

Mis piernas temblaban mientras pisaba el acelerador. Era una mezcla explosiva de miedo y locura, pero aquello me parecía de lo más excitante. «¿Por qué no?» —pensé—. Evité cuestionarme. No veía justo evaluarme. Si no lo hace él... ¿por qué debería hacerlo yo? Al fin y al cabo, yo era una mujer libre. No debía explicaciones, ni engañaba a nadie.

Llegué al lugar. Era un castillo, como los de cuento. Un enclave en una colina de las montañas desde donde se podía divisar el mar en la lejanía. Me detuve unos minutos en el mirador y fotografié aquella estampa en mi memoria para siempre. Aquellas vistas, el olor intenso y áspero de una pineda mediterránea, el sabor de aquel instante antes de alcanzar el camino que me conduciría al abismo. Allí, mientras la brisa acariciaba mi cara, cerré los ojos, tomé aliento y mi teléfono vibró. Descolgué y anticipé mi disculpa:

—Estoy llegando —me atreví a decir aparentando serenidad—.

—Esto es precioso... como tú —me dijo, con una timidez extrema—. No podía escoger un sitio mejor, a la altura de la mujer que me acompaña, te gustará. No tardes, mi amor..

Cuando colgué, aquel «Mi amor» retumbaba aún en mi cabeza. No pude más que echarme a reír. «¡Se ha vuelto loco!» —murmuré negando con la cabeza mientras me aproximaba a la puerta—.

Crucé el umbral sin apenas mirar a la persona que había en el mostrador de recepción. Me dirigí al ascensor que me elevaría hasta el lugar donde me esperaba Mauro. En mi cabeza solo reverberaba la última frase de su mensaje: habitación 212.

## La habitación 212

Sobre la cama, una preciosa rosa roja...

La habitación se llenó de luz en la oscuridad.

Pude ver mi reflejo en sus ojos, llenos de miedos, llenos de ganas.

Cubrí mi rostro con las manos, sin poder mantenerlas firmes.

Mientras, él desabrochaba lentamente mi blusa.

Hasta que una mirada, reflejando ya menos miedo y más deseo,  
me regaló la confianza para acariciarlo.

Sentí cada parte de su rostro como lo más excitante  
que había tocado en mi vida, mientras él me miraba.

Yo seguí recorriendo su cuello, sus ojos, sus mejillas,  
hasta llegar a su boca, a esa comisura seca de tanta quietud,  
aunque lo suficientemente húmeda para mostrarse deseosa.

Mis dedos se detuvieron allí,  
recorrieron sus labios suavemente  
provocando un acto reflejo ante tal cosquilleo.

En ese instante se paró el tiempo,  
él se acercó excitado mientras yo, temblorosa, me dejé llevar.

Nos desbordamos de calor.

Nuestros cuerpos, imantados,  
se fundieron en el baile de la seducción y la pasión.  
Nuestros labios se juntaron, esta vez humedecidos,  
y nuestros ojos se cerraron.

Más allá de aquella habitación, todo dejó de existir.

Solo él y yo, en un tierno e intenso beso.

Nuestros labios, los mismos que al principio eran torpes,  
encontraron armonía mientras nuestras lenguas jugaban a recorrerse.

Fue el beso más real que sentimos dentro de aquella fantasía

En aquella habitación, nuestra habitación, la 212.

Nos quedamos exhaustos, satisfechos. Yo todavía seguía sobre él con su sexo dentro del mío, mirándonos a los ojos. Acariciaba con mi nariz la suya intercalando besos a milímetros de piel. Le temblaban las manos mientras seguía acariciándome.

«Eres... tan suave...»

Nunca vi tanta sinceridad en una mirada como la de Mauro en aquellos segundos. Estoy segura de que aquellas pupilas encontraron en las mías el refugio que ansiaban y que habría deseado quedarse ahí conmigo, rodeándome con sus brazos, a salvo del tiempo y de su esclavitud. A salvo de todo, incluso de nosotros mismos. Dejando secar los jugos del amor sobre las sábanas de aquella habitación 212.



Lo de vivir una segunda juventud siempre me pareció una memez, una especie de consuelo ficticio al que recurrimos en medio de ese sentimiento derrotista al que parece arrastrarnos la edad, un achaque de la nostalgia de «tiempos mejores» que solo sirve para dejarnos mecer por el conformismo y parapetarnos tras la palabra imposible. Sin embargo, yo nunca me mostré reacia al paso del tiempo. Siempre asumí con dignidad los años que fui cumpliendo incluso con la ilusión de realizar nuevas metas que solo la madurez me iba permitiendo definir. Pero lo cierto es que en esos días junto a Mauro viví lo más parecido a una reminiscencia adolescente.

Asistí al resurgimiento de una Julia más traviesa, pícara y muy sensual, que ya ni siquiera recordaba ser.

El sexo se volvió una especie de revelación, un descubrimiento para los dos. Pasábamos horas y horas refugiados entre las sábanas y Mauro parecía rejuvenecer, se mostraba cada día más pletórico y coqueto con su desnudez.

Le excitaban mis exámenes postcoitales. Lo convertimos en otro de nuestros juegos. Cada una de mis percepciones o comentarios se traducían pronto en un gesto suyo. Buscaba mi aprobación constante. Mauro se depiló el pubis, quería estar pletórico pues su madurez y rutina lo habían convertido en esa desidia estética que cuartejan los años. Necesitaba constantemente alagarse, reforzar su autoestima, de pronto, lo mismo podía hablar de su pene casi pidiendo disculpas por su tamaño que alabando sus hazañas. Así era Mauro.

Comenzó a alargar cada vez más los preliminares como si hubiese descubierto junto a mí la

inigualable excitación que produce despertar placer en otra persona. Se quitó esa verruga que ya el primer día le advertí que debía hacer por encontrarse en su parte más íntima, más allá de cualquier cuestión estética.

Aquella habitación, la 212, se convirtió en nuestra guarida, el lugar donde dar rienda suelta a nuestros deseos más pecaminosos. Cada encuentro era un desafío por mejorar el anterior. Mauro cuidaba nuestros encuentros al mínimo detalle, de modo que cada vez que entraba en la habitación y veía todo ese romanticismo, miraba instintivamente por la ventana para gritar en silencio al sol y ordenar que detuviese su marcha, que las horas parasen para saborear a Mauro sin límite de tiempo.

La habitación, era carísima. Sin duda, Mauro quería halagarme y cautivarme con esos toques exuberantes, pero intuí que aquello estaba muy por encima de sus posibilidades y que no podría aguantar ese ritmo durante mucho tiempo más. ¡A pesar de que él tuviese la convicción de haber «nacido para ser rico»!

Solía recibirme en la habitación y yo iba hacia él casi sin que pronunciásemos ninguna palabra. Me encantaba cómo compartíamos la iniciativa con una perfecta sintonía. Yo lo atraía hacia mí pasándole la mano por su nuca y él hacía rodar sus labios desde mi cuello hasta mis senos que, recogidos, esperaban siempre liberarse de mí lencería para que Mauro los humedeciera con una saliva ardiente, que enfriaba enseguida marcando la senda que seguía hacia mi vientre. Antes de que rozase mi sexo, yo ya estaba tendida en la cama sin saber cómo había llegado hasta allí. Cuando conseguía alcanzarlo, el pene de Mauro parecía estar ya en su punto más erecto y masajeaba con suavidad la piel de su miembro hasta ver su glande perderse detrás de mi pelvis. Nuestros labios se fundían como olas cuando él se abría paso para entrar en mí. Ese primer estímulo que, con delicadeza y lentitud, se adentraba entre mi carne para desandar el camino, provocaba mi primer gemido, una señal que Mauro entendía como una súplica para volver a repetirlo.

Todo encajaba, cualquier postura, incluso las que nos eran desconocidas, parecía estar hecha para nosotros.

A pesar de las limitaciones de Mauro por su estado físico, nos atrevíamos con las posturas más dispares y sensuales, pues gracias a mi complexión atlética podía arquear mi espalda o entrelazar su nuca con mi pierna... Mauro enloquecía.

También incluimos algún juguete erótico y nos encantaba sorprendernos mutuamente con una nueva adquisición. A Mauro le entusiasmaron las velas con las que derramaba cera en su espalda y las esencias de sabores con las que embadurnábamos cada parte de nuestros cuerpos que nos disponíamos a saborear.

Y yo no pude ocultar mi fascinación por las aportaciones de Mauro que, aunque me pareciesen algo toscas al principio, finalmente se convertían en una experiencia ultrasensorial.

La pasión comenzó a devorarnos de una manera voraz: solíamos perder la noción del tiempo. Y tras nuestros encuentros esporádicos en la 212, el choque con la realidad solía ser un poco dramático para mí. Más allá de aquellas paredes se acumulaban el trabajo, las empresas, las decisiones, los asuntos pendientes... A Mauro, no obstante, la vuelta a la rutina no parecía causarle ni el más mínimo quebradero de cabeza. A veces me irritaba ese conformismo casi irresponsable que le hacía vivir en un perpetuo estado de aburrimiento, esa desidia que lo hacía infeliz pero que, al mismo tiempo, parecía aportarle esa cómoda estabilidad.

Intentaba no sacar esos temas en nuestras conversaciones por miedo a interrumpir nuestro idilio, pero sabía que tarde o temprano caerían por su propio peso. Al menos ahora, con el tiempo

a mi favor, consigo ver con extraordinaria lucidez aquel palpito, esa desazón que anticiparía el desastre. Sin embargo, en aquellos días parecía ocupada simplemente en evitar que aquella premonición liberase su tormenta sobre nuestras cabezas.

Una tarde, después de hacer el amor, me levanté de la cama, saqué del bolso mi cuaderno y volví junto a Mauro. Mientras escribía él me observaba.

—Me encanta cómo lo haces —me dijo—. Tienes un don especial para describir las escenas y reproducirlas tal cual las vivimos. No he olvidado la del mes pasado en Zaragoza, cuando escribiste para felicitarme por mi cumpleaños, me pareció precioso, bruja. Nunca me he sentido tan dichoso tan querido...

*Felicidades.*

*Eres muy importante para mí.*

*Has entrado con tanta fuerza en mi vida y en mi corazón que no he tenido tiempo de ordenar mis desordenados cajones.*

*Poco a poco voy poniendo cada prenda en su sitio, para después poder disfrutar contigo cada una de ellas. En su justo momento, en su justa medida. Sin prisa, pero firme y segura en mis afectos y decisiones.*

*Cada instante contigo me hace sonreír y pensar que el mañana sea una aventura. La forma de vivir y de entender la vida es lo que nos hace que no lluevan los años para sentirte joven cada día. Nunca dejes de soñar. De seguir caminando, de luchar y alcanzar aquello que quieres. Y sobre todo SONRÍE. La vida acompañada de una sonrisa es fantástica. Esta es mi primera felicitación para desearte lo mejor, te queda mucho camino por andar, bicho.*

*¡Felicidades!*

—Ni yo he podido olvidar aquella noche —añadí—. Ni la foto del ascensor del hotel... Ambos reímos como dos diablillos.

—¿Qué escribes? —me preguntó mirando la hoja que garabateaba—.

Yo sonreí sin responderle. Él consiguió leer el título del poema que componía.

—¿La habitación 212? —preguntó asombrado—. ¿Estás escribiendo sobre lo que hacemos en esta habitación?

—No, bicho —le contesté—. Es un poema sobre el primer día que nos citamos aquí.

—No lo hagas sobre ese día, que hemos tenido mejores —dijo tímidamente—. Ahí estuve torpe. Vamos que te deje a medias.

Reímos y, por un momento, quise posar los pies en la Tierra, aun arriesgándome a romper ese clímax cómplice que se había creado entre nosotros.

—¿Te das cuentas de que así siempre estaré «a medias»? —le dije irónicamente—.

No sé si captó a la primera el mensaje, pero, por la expresión de su rostro, supe que había detectado en mi tono lo que se avecinaba. Aproveché la coyuntura para seguir liberando ese runrún de emociones que, sin saberlo, estaba asfixiándome:

—Nuestra historia siempre va a ser así, Mauro —le aclaré—. Algo «a medias», nunca nos tendremos de una forma completa. Tú eres un hombre casado, tienes una vida que no te hace feliz,

pero te acomoda. No te juzgo, simplemente no es lo que yo quiero... ¿Qué soy para ti, Mauro?

Él atendía mis quejas con un gesto de preocupación. Tragó saliva antes de responder:

—Para mí, ahora mismo, lo eres todo.

Había sinceridad en las palabras de Mauro, pero se pronunciaban en un contexto momentáneo. Eran unas palabras que se convertirían en hipocresía y mezquindad cuando saliésemos de la habitación. Cuando llegase a su casa. Lo imaginé sentándose en el sofá de su hogar felicitándose a sí mismo por conseguir llenar las ausencias conyugales sin levantar la menor sospecha. Y me sentí desnuda a su lado. Ridícula. Y no, yo no tenía ninguna necesidad de estar en esa situación, así que me levanté, cubriéndome con su camisa y con toda la serenidad que me fue posible.

—¡Espera! ¿Bruja, cariño, qué pasa? —me preguntó extrañado—. Terminé de calzarme los zapatos sin dirigirle la mirada.

Por primera vez desde que nos conocíamos, sentí que éramos dos extraños y quise ponerle remedio rápidamente huyendo de aquel lugar. Fui hacia el baño para colocarme mejor el pelo frente al espejo. Desde allí escuchaba la voz de Mauro que se quebraba por momentos:

—Julia... Sé que soy el hombre más imperfecto del mundo, sé que no te merezco, pero te quiero. Tú no sabes lo que significas para mí. En ningún momento he pretendido hacerte daño y si es así lo siento porque no he sabido transmitir mis sentimientos hacia ti. Sé que tienes razones para estar decepcionada conmigo, pero te puedo garantizar que son las mismas razones por las que yo me decepciono a mí mismo. Eres la única persona con la que he sido sincero... Y siento que te estoy perdiendo.

Repasaba el carmín en mis labios con una mayor lentitud que de costumbre. No me gustaba ver así a Mauro, aquella persona implorante contrastaba con el otro Mauro siempre optimista y divertido que me había cautivado. No estaba dispuesta a dejarlo con la palabra en la boca, le di tiempo a que terminase de hablar:

—Sé que tengo que cambiar muchas cosas. Tengo que echarle valor y ponerlo todo en orden, pero solo te pido eso, tiempo.

Cogí el bolso y me puse frente a él. Me hablaba desde la cama y con las sábanas tapaba su desnudez. Me sentí grande. Mucho más grande que él. Y me permití ser sincera:

—No estoy enfadada contigo, Mauro —le tranquilicé—. Me parece una persona excepcional. Y me haces sentir como nunca antes nadie lo había hecho. Pero creo que lo nuestro es un amor perfecto que ha llegado en el momento equivocado. No estamos subidos en la misma ola. Yo tengo mucho que ofrecer y quiero hacerlo, quiero ser feliz. Y tú no puedes corresponderme. Tengo que conformarme con ese «a medias», hagamos lo que hagamos, por muy hermoso e intenso que sea. Es así.

Pude ver en sus ojos cómo el corazón se le quebraba. Se levantó de un salto de la cama y caminó hacia mí. Me abrazó fuerte, tan fuerte que dolió. Negaba con la cabeza sin saber qué agregar y no quise alargar más la agonía. Preferí sentenciar aquel momento:

—Es mejor que esto se acabe aquí.

Me dirigí hacia la puerta y evité la tentación de volver la vista atrás. No me hizo falta mirarlo para saber que había dejado a Mauro destrozado. Tanto como mi alma.

# ¡Sumergidos!

Tras mi último encuentro con Mauro el teléfono se había convertido en un artefacto maléfico que sólo conseguía desquiciarme. Vibraba continuamente y, cuando lo silenciaba, sus mensajes seguían vibrando en mi cabeza. Evitaba mirar el número de notificaciones, no quería ni imaginar la biblia de súplicas que encontraría al abrirlo. Todo me agotaba y no tardé en darme cuenta de que necesitaba un cambio de rumbo, reflexionar y distanciarme de Mauro y de toda esta historia... y no encontraba mejor placer que sumergirme en la belleza de la música.

En estos casos, las personas más supersticiosas y agoreras acudirían a un chamán o a una pitonisa que les ahuyentase las malas vibraciones y les asestara algún antídoto al mal de ojo que les asfixia. Pero mis rituales de purificación comenzaban haciendo la maleta. Un viaje. Un paréntesis mientras todo lo demás sigue su curso.

Así fue como, sin decir ni media palabra a nadie, me embarqué hacia mi querida Viena. Nada más pisarla puede sentir en mis mejillas un frío reconfortante que parecía curtir mi piel como si lo hiciera en el momento más oportuno, cuando más necesitaba curar las heridas bajo ese manto helado que regeneraba mi rostro. Y mi ánimo.

Me dejé llevar por el encanto de sus calles, de sus gentes, de sus costumbres. Que tantas veces había recorrido. Me gustaba tomar un café en el famoso Café Central o pasar la tarde en el café Sacher disfrutando de su deliciosa tarta, caminar por los comercios de la calle Kärntner Strabe. Adoré sortear a todos los «Mozart» que, desperdigados alrededor de los edificios de la ópera, intentaban venderme una entrada para algún concierto. Aunque yo ya había adquirido la mía previamente, no podía sino sonreírles por el encanto que aportaban a la ciudad aquellas personas disfrazadas del prodigioso y precoz maestro que revolucionó la música y el mundo entero.

La noche antes de mi vuelta fui a la ópera. Lo curioso de estos eventos es la interacción silenciosa que se produce con el resto del público. A pesar de ir sin acompañante, pude sentirme totalmente abrigada ante la armonía y la atención de todos los que aquella noche se conjuraron conmigo para admirar una obra maestra: *La Bohème*, de Puccini.

Fue una experiencia indescriptible presenciar aquel elenco acompañado de una magnífica instrumentación. La atmósfera. El público. Los altos. Las cadencias. Los silencios. La luz. La puesta en escena. Todo parecía conjugarse para crear un momento perfecto, uno de esos que guardar para siempre en un cajoncito de la memoria. Tan solo había un pequeño detalle que lo empañaba: desear compartir aquel instante con Mauro.

Volví a casa con la sensación de haber estado ausente un mes y, a la vez, con la pena de que realmente no me hubiera ido todo ese tiempo, pero lo cierto es que la alegría con la que deshacía la maleta y colocaba todo en su sitio desvelaba que había hecho bien en hacer una de mis escapadas. Me sentía con fuerzas, con ganas de llevarme por delante a cualquiera que se interpusiese entre la ducha y el sofá.

Anoté las reflexiones sobre mi viaje en mi agenda antes de que cayeran en el olvido, o las obviase, y sólo cuando puse el punto final cogí mi teléfono móvil. En Viena había escrito a Mauro para atenuar su afán por crear la mayor cascada de mensajes sin responder de la historia. Me había limitado a escribir: «Estoy de viaje, Mauro. A la vuelta, si quieres, te aviso y hablamos». Y

fue lo que hice, sin detenerme a leer todos los mensajes que previamente él había seguido enviando.

J: ¡He llegado! M: ¿Cómo estás?

J: Bueno, Bien... ¿y tú?

M: Mal. Bien estoy cuando estoy contigo, y bien estaré cuando salga de este laberinto. Por favor, permíteme que podamos hablar cara a cara, que te pueda explicar..., no dejes que algo tan importante y especial como lo nuestro se termine así, de esta manera. Te lo ruego. No nos lo merecemos ninguno de los dos.

En el fondo admiraba el modo con el que a veces dejaba de ser el Mauro dicharachero, parlanchín, ocurrente de siempre para buscar en su interior y atreverse a hablarme de sus sentimientos, a exponerse ante mí. No sabía si eso ya estaba dentro de él y simplemente era una de esas personas a las que había que esculpir para conocerlas realmente, apartando con un cincel toda la piedra que las recubre —como si de una obra de Miguel Ángel se tratase— o si, por el contrario, ese Mauro sensible había nacido a base de ejercitar la exploración de nuestros sentimientos y compartirlos. Sea como fuese, lo cierto es que ahora parecía escoger cada palabra como si fuese un perfume y su lenguaje era mucho más cuidado que cuando lo conocí... Sus poderes de zalamería habían alcanzado ya cotas estratosféricas.

M: Sé que pensarás que soy un egoísta y te aseguro que me detesto por ello, pero te quiero, Julia, solo sé que te quiero. Y entiendo que no es fácil, ni para ti, ni para mí...

Me mantuve estática durante unos segundos. No quería cortar su hilo.

M: ¿Estás? ¿No me dices nada?

J: Sí, Mauro, te estoy leyendo. Pero no somos unos chiquillos y esto no es un juego. Como adultos tenemos responsabilidades y no atenderlas podría ocasionar graves daños colaterales. Está muy bien eso de vivir, sentirse joven, feliz, plétórico..., pero no puedes ir por la vida actuando sin pensar, porque terminas arrastrando a los que están a tu lado, ¿entiendes? Eres un inmaduro, Mauro. Las cosas no funcionan así y te pasará factura, créeme.

M: ¿Creo que ya no tengo nada que hacer contigo, verdad? Por lo menos deja que nos veamos una vez más, permíteme que te explique, te lo ruego.

J: Bien, ahora descansa, mañana hablaremos.

M: Te quiero, Julia.

J: Te quiero, Mauro.

Enterré el hacha de guerra con Mauro o, más bien, abandoné mi postura defensiva. Intenté ser paciente y comprensiva. Él había despertado unas emociones en mí que con el paso de los días y el ritmo frenético de nuestros últimos encuentros, habían empezado a requerir más atención y cierta reciprocidad. Quise darle tiempo a él y a mis sentimientos. Que hiciera las cosas a su ritmo, cuando él estuviese seguro de hacerlas y no porque yo lo exigiese, aunque sinceramente jamás le pedí nada. Pero quise dejarle las cosas claras desde el primer momento: no estaba dispuesta a ser la amante de nadie y, además, no quería ser la cómplice de este peligroso juego que, en realidad, era la crónica de una tragedia anunciada.



Estela llegó unos minutos tarde a nuestra cita. Enarcó las cejas cuando me vio sentada leyendo la carta de cafés y batidos. Y luego vino hacia mí con los brazos en cruz, reclamando su ración de mimos, y yo la recibí con un gran abrazo y una enorme sonrisa, de esas que se te abren de forma espontánea cuando tienes enfrente a alguien cuya sola presencia es ya una fuente inagotable de alegría.

No hicieron falta muchas preguntas para poner a Estela al día. Yo misma me encargué de ponerla al tanto de todo. Necesitaba desahogarme con ella, mi eterna confidente. No tuve reparos en detenerme en detalles y en impresiones, ni siquiera cuando ella ahondaba en lo que más parecía despertar su curiosidad: cómo era Mauro en la cama.

—Cómo te envidio, querida —me decía continuamente—. Creo que en lo que me queda de vida, aventuras como la tuya... ni en sueños.

—No seas mala, tu marido te quiere y te cuida mucho —le dije, en un fingido tono de consuelo, mientras me aguantaba la risa intuyendo lo que me iba a contestar—.

—Mi marido es un cenutrio que no se mueve ni para dejarme sitio en el sofá —dijo, en un tono audible para media cafetería, mientras mantenía una mueca impasible y le daba un sorbo a su té—. ¿Os seguís viendo? —me soltó, incisiva—.

—Sí, pero no es lo mismo. Me siento rara. Estoy como dolida... decepcionada.

—¿Porque le pone los cuernos a su mujer? —me preguntó, a modo retórico, sin levantar la vista de su taza ni esperar una respuesta—. Eso no es problema tuyo... además, no es la primera vez que la engaña, ¿no? Esa pobre mujer tiene unas buenas tragaderas. Pero no te atañe a ti, cada uno sabe dónde empieza y termina su dignidad.

—No. Pero no es solo eso. Es la imagen que tengo ahora de él. Al principio su actitud pueril me hacía reír y era una característica suya que lo hacía entrañable. Ahora... ahora lo veo como una debilidad, como un irritante defecto que le impide ver la realidad y asumir las consecuencias de sus actos. Muy acomodado, muy...

—¿Irresponsable? —acertó a decir Estela—.

—¡Si! —afirmé—, como despreocupado, como si no tuviese los pies en la tierra...

—¡Ay, Julia! —suspiró—. Peter Pan quiere llevarte al país de Nunca Jamás y tú le has dejado entrar en el Jardín de las Delicias.

Reí un buen rato. Lo suficiente como para hacer que Estela abandonase esa fachada seria y empezara reír también.

—Nunca está de más ver la vida con los ojos inocentes de un niño —prosiguió Estela—. Pero mucho ojo con no cambiarse la lente. Para otros temas las gafas de adulto son indispensables... e inevitables.

—Es sobre todo esa actitud cobarde —añadí—. Va a hacer daño a...

—¡Olvídate de a quien pueda hacer daño! —exclamó interrumpiéndome—. Él ya es mayorcito para saber lo que tiene que hacer. Y cómo actúe con su familia es responsabilidad suya, no tuya. Ocupate de que no te haga daño a ti y nada más.

Estela dio los últimos sorbos a su taza de té mirándome fijamente a los ojos. A los pocos segundos cambió el gesto y me preguntó:

—Te has enamorado de ese hombre, Julia. Te has enamorado de un tipo que sabe que es miope, pero no quiere ponerse gafas para no ver el reflejo que le devuelve el espejo cada mañana.

Yo, sin saber exactamente qué responder, me quedé mirando esos dos ojos grandes y cómplices de Estela, que entendían perfectamente cómo me sentía. Antes de que pudiese reaccionar y contestar algo a su anterior intervención, ella se adelantó para sentenciar el tema:

—Así que lo mejor es que te sumerjas todo lo que te apetezca. Que te zambullas con pasión en esas emociones que ha comenzado a despertar en ti. Sólo recuerda que nunca debes olvidar cómo volver a la superficie si te quedas sin aire.



Se respiraban los días soleados de finales de mayo. Mauro insistió en que hiciera el curso de buceo. Me hablaba de sus deseos por recorrer conmigo el fondo marino y enseñarme las maravillas del océano y le obsesionaba la idea de que no pudiéramos hacerlo si yo no me apuntaba a la formación. Así que, finalmente, se salió con la suya y le envié toda la documentación necesaria para empezar:

M: Necesito que me mandes DNI, certificado médico..., aparentemente estás buena, pero ya sabes que las normas no las marco yo, solo las modifico. Ja, ja, ja. Y una fotografía... si puede ser de cuerpo entero y sin nada, mejor.

J: Lo tuyo no tiene remedio, decididamente estás enfermo. M: ¡¡¡Soy las 20 sombras de Mauro!!! Ja, ja, ja.

Parecía que, casi por inercia, reconducíamos nuestra relación de una manera más pausada y sana, a pesar de saber lo que sentíamos el uno por el otro y del deseo que a veces nos asaltaba, intentábamos controlarnos y no dar rienda suelta a nuestra pasión para no herir a nadie, para no degradar el verbo amar a una acción proscrita y pecaminosa. Parecíamos jugar al gato y al ratón, fingiendo ser de lo más escurridizos, pero acabábamos viéndonos con más asiduidad, gracias, sobre todo, a esa eterna excusa en la que se convirtió la idea de hacer el curso.

Al cabo de un mes de mi escapada a Viena, Mauro me llamó por teléfono. Solíamos tener conversaciones por teléfono pero no era habitual, recurriamos más al chat con imágenes y notas de audio. Así que supuse que debía de tratarse de algún asunto urgente, algún dato o documento que faltase para el curso de buceo. Descolgué el teléfono:

—¿Mauro? —pregunté forzando un tono de sorpresa—.

—¡Julia! —me interrumpió—. ¡No me escribas por el chat!

¡Marta lo ha leído todo!

Un frío me heló las sienes. Tardé unos segundos en asimilar lo que acaba de escuchar.

—¿Qué dices, Mauro? ¿Qué ha pasado?

Él hablaba casi telegráficamente, entrecortado. Agitado. Costaba horrores sacarle toda la información. Solo aportaba frases cortas e inconclusas:

—Acaba de llamarme por teléfono —consiguió decirme—.

—¿Y qué te ha dicho? —incidí, intentando no perder los nervios—.

—Me ha dicho: «Te lo voy a poner fácil, recoge tus cosas y vete cuando yo no esté en casa».

Cuando colgó el teléfono el silencio se me hizo insoportable. Lo imaginaba allí, recogiendo todo lo que podía para evitar el encontronazo con Marta. Y peor aún, la imaginaba a ella cogiendo su portátil, leyendo los mensajes... Todo, habría leído todo, nuestros primeros flirteos, nuestras citas, la habitación 212... no me lo podía creer. La peor de las situaciones había ocurrido. Por más que se lo hubiese advertido, la verdad es que siquiera yo misma estaba preparada para esta

situación. Imaginaba a Marta leyendo mi nombre, fijándose en mi foto, y las piernas se me doblaban. Al cabo de unas horas llamé a Mauro:

—¿Cómo estás? —le pregunté sin saber muy bien cómo hablarle—.

—Estoy mejor —me dijo, en un tono más sosegado—. Iba a irme a casa de un amigo, pero prefiero irme a Calvados. Cuando llegue te llamo.

—Bien, tranquilo —respondí, con toda la impotencia de no poder consolarle de algún modo—. Pero, ¿has llegado a hablar con tu amigo?

—Sí, y me ha ido bien. Hemos hablado de todo y me ha recalado que está para lo que necesite. Que cuente con él para lo que sea.

—Eso está bien —dije, sintiéndome ya más aliviada—.

—Sí, voy tirando —me dijo, en un tono más sosegado—.

Cuando llegue hablamos.

Mauro me había hablado varias veces del apartamento que tenía en Calvados, en plena costa. A pesar de toda la presión del momento, me agradaba el hecho de que se instalara allí, pues eso suponía que lo tendría más cerca de casa.

Aquel día estuve pegada al móvil como si fuese una extremidad más de mi cuerpo. Necesitaba saber en todo momento que Mauro estaba bien. Sentía esa mezcla de compasión y de rabia, como cuando alertas a un niño pequeño que puede caerse y hacerse daño y, después de haber ignorado tus advertencias, ocurre el fatal desenlace.

Ya vendrían las reprimendas, ahora solo quería consolarle. Suponía que también a él toda esta historia debía despertarle sentimientos contradictorios. Su vida había cambiado totalmente en pocas horas. No tardé en volver a llamarlo:

—Hola, bicho... —le dije, como si lo tuviese a tan solo a unos centímetros de distancia—. ¿Estás bien?

—Hola, bruja. Acabo de llegar —me contestó con una ternura palpable, se notaba que el viaje le había sentado bien—. Estoy mejor, sí.

—Jo, bicho... ¡La que hemos liado! —dije espontáneamente—.

—¡No! —exclamó tajantemente—. Tranquila. Nada de esto ha sido culpa tuya. Ahora sólo me hace falta tiempo para reflexionar y ordenar un poco mi vida. No sé ni por dónde empezar...

—Ya, claro que necesitas tiempo... Yo no sé muy bien qué decirte, supongo que no te vendrá mal estar un tiempo solo para centrarte y pensar mejor las cosas...

—¡No quiero ni oír hablar de eso! —me interrumpió—. ¿Por qué dices eso? Si yo lo único que quiero es verte, estar contigo. Necesito abrazarte, besarte... Por favor, estate tranquila. Tiempo es el que ha de pasar para ponerlo todo en su sitio... y a ti y a mí que nos ponga juntos.

—Ya, lo siento, Mauro, pero todo esto me tiene algo desconcertada. Sólo te deseo lo mejor. Que aciertes en tus decisiones y que nadie más sufra con esta historia.

—Esto era ya inevitable, Julia. Era algo que tarde o temprano iba a acabar mal. Hace ya dos años que lo nuestro no funcionaba... Marta siempre ha sido una mujer «esquerpa», celosa... ¡Recuerdas que algunas noches mientras hablábamos te decía; tengo que dejarte, tengo dardos en casa...! Era una tónica constante las broncas se habían convertido en un ritual diario.

—¡No! ¡Mauro, no! —me apresuré a silenciarlo—. No es de recibo hablar ahora de ella. Dirías cosas de las que más adelante te arrepentirías.

Mauro enmudeció unos segundos y respiró hondo:

—Gracias, Julia. Eres toda una señora —me dijo, arrastrando un breve silencio tras sus palabras—. Bueno, ahora ya está hecho...

—¿Qué está hecho? —le pregunté—. No entendía si se refería a la mudanza, al hecho de haberse quitado un peso de encima. O quizás algo mucho peor...

—Nada, no te preocupes.

Por un momento tuve miedo de que se dejase llevar por pensamientos inútiles y adoptara una actitud derrotista y revanchista. Mauro necesitaba despertar su lado más maduro y tenía que alertarle:

—Ahora sólo te pido una cosa... No pierdas el norte. Como te he dicho antes, sé cauto, respira y trágate el chaparrón. Por favor —le supliqué—, compórtate como un caballero. Es muy duro para una mujer. No lo crearás, pero no he dejado de pensar en ella.

—Sé que me toca aguantar lo que venga... —me dijo con voz serena y calmada—. ¡Yo también te pido una cosa! O bueno, en realidad, dos... Primero, que no te culpes de nada de lo que ha ocurrido. Tú no eres la responsable de mi ruptura. Y segundo, por favor, no permitas que te pierda. Sé que ahora no seré la alegría de la huerta, pero lo único que veo nítido en mi horizonte son las ganas de seguir contigo.

—Llevo *short* rojo y una camiseta blanca —bromeé, cortando en seco su afligimiento—.

Mauro no cabía en su asombro al escuchar mi respuesta y se echó a reír. Yo seguí metida en mi papel:

—¡Uy! Lo tenía preparado... pensaba que era la segunda petición...

—¡Bueno, en realidad eran tres...! —dijo, siguiéndome la corriente—.

Respiré aliviada cuando escuché su risa a través del teléfono.

Una vez que conseguí animarle quise sincerarme:

—Escúchame, bicho —le dije para dejar claro que ya no bromeaba—. Sé que se nos viene encima una etapa difícil. Sólo quiero que seas sincero conmigo. Que hablemos mucho. Y que nos demos tiempo. Es lo único que pondrá en orden nuestras vidas.

—Te aseguro que contigo siempre he sido y seré sincero. Te juro que no quiero más mentiras ni falsedades. Ni situaciones forzadas. Solo quiero ser feliz. Vivir lo que me quede de vida en paz, sobre todo conmigo mismo y con los que me rodean. Y, si tú me lo permites, a tu lado.

—Si hay respeto entre nosotros, si consigues centrarte y serenarte, yo estaré a tu lado. Y te prometo que me convertiré en tu mejor aliada.

Mauro sonreía. No podía verle en ese instante, pero supe que sonreía:

—Eso es lo que necesitaba oír. No sabes cómo te lo agradezco —dijo, antes de pararse a reflexionar unos breves segundos—.

¿Recuerdas que al principio te dije una vez que lo nuestro no era un simple polvo? ¿Qué te estabas convirtiendo en alguien muy especial en mi vida? Pues es porque te quiero. ¡Te quiero, Julia!

—Lo sé —respondí, algo abrumada, para seguir en un tono más bromista—. Y por matizar lo que has dicho... como polvo tampoco sería «simple».

Mauro rompió a reír una vez más y yo parecía haberme adueñado de su rol humorístico y chabacano. Me sentía triunfante al ser yo quien provocaba sus carcajadas. Una risa que no era fingida ni forzada. Realmente, sus palabras estaban cargadas de una felicidad que se abría paso ante el miedo y el abismo al que se enfrentaba.

—Tienes razón. En ti nada es simple.

—Todo se arreglará —añadí—. Y recuerda que... ¡siempre nos quedará el azul!

—¡Sí, mi amor! —contestó, como si se tratase de un acatamiento militar—. Voy a ver qué hay en la nevera. Esto de estar soltero me va a matar de hambre, mira que ponerme a adelgazar, ahora...

No pude evitar soltar una carcajada y exagerarla para que detectara mi incredulidad.

—Ríe, ríe —dijo entre dientes—. Pero ya verás qué tipito voy a echar.

—Fantástico —le felicité—. Y si no, ya me encargaré yo de que lo echés...

—Por cierto —dijo cambiando el tono— Esta noche quiero mi foto. ¡Foto! ¡Foto! ¡Foto!

Mauro cada noche me pedía que le mandase una fotografía al darme las buenas noches. Se había convertido ya en un ritual. Eso y el «gracias». Cada noche, al despedirnos, me daba las gracias por estar junto a él. Le prometí proseguir la tradición: de todos modos, aquella noche estaba dispuesta a hacerme todas las fotos que él me pidiera.

Mauro seguía conversando conmigo al otro lado del teléfono

—aunque en algunos momentos parecía hablar casi para él mismo—, como cuando revisó el interior de la nevera:

—Bueno, de momento he encontrado algo de embutido...

Yo también parecía darme de bruces con la realidad por momentos:

—Qué lío... todo esto me preocupa, Mauro.

—Tranquila —acertó a vocalizar mientras engullía algo—. Mañana, si puedes, sí que me gustaría verte... Consulta tu agenda y a la hora que tú me digas estaré donde quieras. Y ve preparándote, que este fin de semana nos vamos a bucear fuera de Calvados.

—¡Sí! —exclamé como una niña pequeña—. ¡Qué ganas tengo!

—No sé dónde, ¡pero te prometo que buceemos los dos solos!

—agregó, satisfecho—. ¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro, lo que quieras —asentí con gran impaciencia—.

—Me gustaría mucho dormir contigo este fin de semana, no sabes las ganas que tengo de poder dormir abrazado a ti. Me harías el hombre más feliz del mundo diciéndome que sí.

Un gusano se removió en mi estómago. Era un deseo ardiente, sincero e impaciente.

—Claro, bicho —le dije con toda la ternura que estaba dispuesta a ofrecer—. Pero tendré que organizarme. ¡¿Y dónde pasaremos la noche?!

—No sé —contestó despreocupadamente— ¿Bajo las estrellas te va bien?

El gusano estalló como una supernova y todo mi cuerpo sintió un temblor provocado por aquella respuesta.

No habría imaginado un sitio mejor.



# Como la Bergman

Banda sonora de mi vida,  
argumento que hilvanaste estos años pasados.  
Fui un personaje en busca de mi autor  
moviéndome entre las sombras de un cine de barrio,  
igual que el niño que se pierde entre bambalinas  
buscando cómo entrar en la pantalla.

Fuiste la Rosa Púrpura del Cairo,  
la Bergman de Casablanca.  
La Escarlata y la princesa del cuento,  
protagonista de mil argumentos  
que no acababan nunca en un final feliz.  
Te busqué como el material con el que se fabrican los sueños,  
Halcón Maltés, horizonte lejano e inalcanzable,  
en cada beso de película, en cada mirada apasionada,  
en cada abrazo, en cada mirada enamorada,  
secuencia inacabada de una obra  
que terminaba antes de empezar.

Hasta que llegaste con paso elegante,  
como la Hepburn de las comedias con Frank Capra,  
deslumbrante, señorial, encantadora,  
y vi que la película que creía concluida  
no había hecho más que empezar.

Tú cambiaste el guion, los personajes,  
el ritmo, el decorado, trocaste la tragedia en alegría,

las lágrimas en risas, el paisaje gris y ceniciento  
en una pradera verde y luminosa.

Estamos al principio de la película  
y los mejores momentos aún han de llegar.

Cambiaste todo para bien  
y no deseo que el *The End* llegue jamás.

# El rojo

El apartamento de Mauro en Calvados era pequeño y algo precario, para acceder tenías que ascender por unas abruptas escaleras. El primer día que lo visité Mauro subía por delante de mí y antes de meter la llave en la cerradura se disculpó porque aquel lugar no estuviese «a la altura»:

—Siento no poder regalarte la belleza que te mereces. Esto poco tiene que ver con la 212.

Yo no hacía más que empujarle contra la puerta para abandonar aquel frío rellano:

—¡Venga ya, exagerado! ¡Abre esa puerta!

Pero, cuando lo hizo, la verdad es que me di cuenta de que Mauro no exageraba: aquel habitáculo estaba a años luz de nuestra 212. Allí no había pasado el tiempo, era como adentrarme en uno de los capítulos de la serie *Cuéntame*. Intentaba no examinar con detenimiento la estancia porque lo percibía inquieto. Su nerviosismo y aquel afán en excusarse continuamente mientras me mostraba el apartamento despertaron mi compasión y quise tranquilizarlo:

—Mauro, me gusta tu piso —mentí—. Está bien... Se detuvo en seco y dejó de hablar unos segundos:

—Qué mal se te da mentir, brujita...

Le mantuve la mirada unos instantes hasta que no pude aguantar más la risa.

—¡Tienes razón! ¡Es horrible! —exclamé intentando abrazarle—. ¡Ven, anda!

Él fingió zafarse de mis brazos pero conseguí darle caza, no tenía mucho espacio para escapar.

—Te lo dije, siento que no esté a la altura —me soltó, en un tono avergonzado—.

—Deja de decir eso —le reproché, mientras acercaba mis labios a los suyos—. Nosotros haremos que esté a nuestra altura.

En ese instante ambos nos fundimos en un largo y húmedo beso. Fue tan intenso que al instante noté su sexo enorme apretado contra mi ingle, lo palpé con mi mano y empecé a masajearlo hasta que pude sentirlo palpar. Mauro se desabrochó el pantalón con rapidez mientras yo me quitaba la blusa. Sin despegar apenas nuestros labios nos quedamos desnudos en un abrir y cerrar de ojos. Cuando me quise dar cuenta, Mauro ya estaba dentro de mí.



# Así te veo

Me gustan tus hombros,  
están hechos para apoyar la cabeza en ellos,  
para ser besados y recorridos y porque me llevan a tu cuello.  
Tu cuello de cisne, fuego que se resiste a ser besado  
porque sabe que provoca una explosión dentro de ti.  
Tu boca generosa, castillo de esa lengua apasionada,  
pájaro que desea salir de esa jaula para volar hasta la mía.  
Tus pechos tiernos, dulces, erguidos, coronados por tus pezones  
que siempre me acogen alegres, duros,  
como dos caramelos que se ofrecen a un niño goloso.  
Tu espalda fuerte, nido donde los abrazos están en su casa,  
musculada y flexible como un junco  
que se arquea bajo el viento de la pasión.  
Tus manos, delicadas y sólidas a la vez,  
capaces de las caricias más suaves y los gestos más duros,  
que me cogen el sexo reclamando su propiedad.  
Tus piernas, dos columnas que me enloquecen,  
una enredadera que me envuelve  
y me lleva hasta una placidez enorme.  
Tus pies forjados en el arte, dúctiles,  
deseando ser besados y acariciados, buscando los míos.  
Tus glúteos, suaves, perfectos,  
guantes en los que enfundar mis manos,  
asidero al que me aferro para no precipitarme en el abismo.  
Y tu sexo...  
No concibo otro lugar que se asemeje tanto al paraíso,

lleno de matices, de sabores,  
vibrante, cálido, parada y destino de todos mis afanes,  
que me regalas abierto, espléndido y franco para que lo penetre,  
lo bese, lo acaricie.

Y el rincón de tu cuerpo que más me gusta:  
tu corazón lleno de amor, de nobleza, de pasión.

Así te veo.



Nos reímos al ser conscientes de la rapidez con la que habíamos hecho el amor. No hacía ni cinco minutos que habíamos entrado en aquel apartamento y ya estábamos desnudos en la cama sumergiéndonos en caricias. Fue como una especie de liberación, como si por fin hubiéramos saciado un apetito atrasado.

—¿Queda inaugurado entonces nuestro nidito de amor? —dijo mirando al techo—.

Yo soplabla el bello de su pecho admirando el compás con el que se movían aquellos filamentos, que parecían imitar esa calmada sincronía con la que se mecían los corales bajo el mar. Besé su cuello conmovida por la belleza de aquel instante. Realmente, me había olvidado de todo lo que había a mi alrededor, me sentía flotando en un océano, aferrada a su cuerpo como un salvavidas:

—Sí. Queda oficialmente inaugurado.

A pesar de su complicada situación, Mauro se mostraba optimista, parecía no importarle demasiado las consecuencias de sus actos. Evitaba preguntarle por Marta y su familia, pero saltaba a la vista que las cosas no iban bien.

El agravante llegó a finales de julio. Mauro me llamó a la oficina para contarme que ya tenía oficialmente vacaciones. De entrada me alegré pues podríamos disfrutar más de nuestro tiempo juntos. Pero al minuto matizó que se trataban de unas vacaciones definitivas y que en septiembre cambiaba de empresa, lo que supondría empezar de nuevo otra vez...

—Pero... ¿Y cómo estás?

—La empresa está ya en las últimas y los comerciales somos los primeros en caer. Estoy bien, no te preocupes. Pensando ya en mis vacaciones contigo.

Él se mostraba exultante de felicidad. Le entusiasmaba la idea de tener ante sus ojos todo un verano por delante y, aunque me gustaba verlo tan animado y proyectando tantas cosas por hacer junto a mí, lo cierto es que me atosigaba esa actitud que rallaba en la despreocupación o, peor aún, en la más absoluta inconsciencia e irresponsabilidad. Acababa de separarse, de perder su empleo y no parecía tener intención de mirar hacia atrás. Se sentía libre de ataduras para poder estar conmigo y la verdad es que yo, que era beneficiaria del Mauro más alegre y entregado de todos los tiempos, no estaba dispuesta a cuestionarlo. Antes de resquebrajar nuestro idílico

momento con uno de mis sermones, preferí darle un voto de confianza a Mauro, estaba segura de que, tarde o temprano, acabaría encarando la situación.



# Latidos pausados

Eres mi cama y mi manta,  
mi almohada y mi sueño, mis latidos pausados,  
mi descanso, mi reposo y mi canción de cuna.  
Solo duermo enroscada a tu corazón,  
a tus ojos y a tu risa y el insomnio me destroza  
cuando no siento el calor de tus manos, de tus besos, de tu cuerpo.

Descanso en ti  
como el niño descansa en su cama,  
feliz, segura, tranquila, en paz.

Solo tus ojos me regalan la calma que preciso  
para poder entregarme a Morfeo, abrazada a ti,  
arropada en tu dulzura, cobijada por tus sentimientos.

No quisiera ya dormir de otra manera,  
mas que despertarme con nuestros ojos dándose los buenos días.  
Y entonces, abrazados el uno con el otro,  
queriéndonos incluso dormidos,  
hasta las estrellas caminarán de puntillas en el cielo  
para no perturbar nuestro descanso.



Aquellos días se impregnaron de un azul intenso, el mismo azul que envolvía nuestros cuerpos cuando nos buscábamos entre las sábanas, cuando nos deshacíamos en caricias y en abrazos viendo amanecer o cuando desplegábamos nuestro arsenal de guiños cómplices en medio de la

nocturnidad. Todo se tiñó de ese maravilloso azul que nos envolvía en cada una de nuestras inmersiones.

Había avanzado mucho en el buceo gracias al curso. Adoraba sumergirme con Mauro en Calvados, bucear con él era como hacerlo con el Flautista de Hamelín, y aquella rutina, lejos de perder su encanto a fuerza de repetirse, se había establecido ya como un momento mágico para los dos. Allí él se sentía gigante, reinaba como si se tratase de su medio natural. Era casi hipnótico verle dominar las situaciones, admirar su espontaneidad y la iniciativa que mostraba para resolver cualquier entuerto que nos surgiese bajo el mar. Me sentía muy segura a su lado. Nos sumergíamos cogidos de la mano, sin más sonido que el de nuestra respiración. Al introducir nuestros cuerpos bajo el agua, todo quedaba en calma y los peces y los corales más altos se deslizaban al capricho de esas mismas corrientes submarinas por las que nosotros nos deslizábamos en un baile armonioso.

El mar acaparaba gran parte de nuestro tiempo en aquellos días, pero con Mauro era fácil optimizar el tiempo para hacer otras cosas. No era asiduo al teatro, pero conseguí arrastrarlo a varias obras que no le dejaron indiferente. Solo le hicieron falta dos funciones para convertirse en el mayor crítico, era increíble verlo salir del teatro comentando la actuación con desconocidos que también habían presenciado la obra. Aquella actitud de Mauro me cautivaba.

Vivíamos enfrascados en un romanticismo pomposo que, desde luego, tenía que incomodar a todo ser viviente que tuviésemos cerca, pero lo cierto es que esos días me sentía brillar. Y Mauro también resplandecía, aunque era evidente que, a nivel personal, no pasaba por su mejor momento. Se escudaba continuamente tras su sonrisa y yo quería perderme en ella, pero no podía quitarme de la cabeza que él tal vez no lo estaba pasando bien económicamente y sólo fingiese que todo le iba genial. Algo que había aprendido de la personalidad de Mauro era que tenía un infundado complejo por su estatus social, se disculpaba continuamente cuando no disponía de efectivo, se mostraba intranquilo cuando frecuentábamos algún lugar que no fuera caro o lujoso, o lo que él creía que sería un lugar adecuado para mí. Estaba convencida de que él era de esa clase de personas que, aunque se viese acorralada, jamás me pediría ayuda. Yo tampoco sabía cómo sacarle el tema, quizá podría sentirse incómodo si le ofrecía echarle una mano en ese sentido. Pero sin trabajo, con los gastos de su separación y con la situación precaria de su familia de la que aún seguía haciéndose cargo no necesitaba su confirmación para saber el tipo de situación por la que estaba atravesando. No lo pensé más. Se me ocurrió introducir una cantidad generosa de dinero en un sobre sin especificar qué, ni cuánto había en su interior.

Me incomodaba hablar de dinero, nunca me pareció elegante, así que decidí entregárselo una noche que quedamos para cenar en nuestro lugar preferido, un restaurante en la playa donde podíamos comer tranquilos con los pies en la arena, todo un clásico. Quise que fuera una noche especial, me puse el vestido de seda rojo que tanto le gustaba a Mauro y nada más vernos supe que había acertado porque comenzó a devorarme con sus ojos lascivos, en llamas.

Llegamos al lugar y antes de salir del coche hurgué en mi bolso para sacar el sobre con el dinero. Las piernas me temblaban: lo último que quería era ofender a Mauro. O lo que es peor: alimentar su estúpido sentimiento de inferioridad. Solo quería ayudarle.

—Toma —le dije sosteniendo firmemente el sobre para no desvelar mi nerviosismo—.

Evité su mirada. Se mantuvo en silencio unos segundos, que se me hicieron eternos. Y en un instante cogió el sobre.

—Gracias, bruja —dijo guardandoselo sin mirar en su interior—.

Prometo devolvértelo en cuanto empiece a trabajar de nuevo.

Para cuando llegamos a nuestra mesa ya habíamos olvidado ese momento incómodo. Cenamos escuchando el suave oleaje en medio de la noche y jugamos a refrescar nuestros pies hundiéndolos en la arena. No sabía si era culpa de la luz, de los efectos del vino o de la magia que desprendía aquella noche, pero veía a Mauro todavía más atrayente que de costumbre, más intenso y seductor. Y, a juzgar por su mirada, creo que él estaba teniendo exactamente la misma percepción de mí.

Terminamos de cenar y decidimos no alargar la sobremesa para ir a pasear por la orilla. Allí, con la luna como único testigo, nos besamos como dos adolescentes hasta dejarnos caer en la arena. Me deje caer sobre Mauro, levanté los brazos y en su solo gesto mi vestido rojo de seda yacía inerte en la playa, imposible ante los dos cuerpos que ardían apenas a unos centímetros de él. Se quedó mirándome.

—Estás preciosa vestida sin nada —me dijo poniendo sus manos en mis pechos—.

Luego me rodeó con sus brazos y me apretó contra él. Nuestros cuerpos ardían y el frescor de la arena suavizaba las llamaradas que recorrían nuestra piel. Éramos dos peces respirando agitados lejos del agua. Nos revolcamos entre el romper de las olas e hicimos el amor, después de hacerlo. Me susurraba al oído y yo sonreía porque él me había confesado que ese afán por hablar mientras lo hacíamos se lo había despertado yo, y me hacía sentir especial. Alcanzamos el clímax respirando el aliento del otro con nuestras bocas abiertas y selladas. Cuando cesaron los gemidos me dejé caer sobre su cuerpo y lo abracé hasta quedarme adormecida. Cuando recobré la consciencia, seguía con mi cabeza sobre el pecho de Mauro y alcé la vista esperando encontrarlo dormido, pero me encontré sus ojos clavados en mí.

—¿No te lo crees verdad? —le dije bajito—.

—No, eres un sueño —me contestó ebrio por la magia de aquel momento—.

—Pues, venga, bicho. Despierta, que como venga la policía nos va a pillar en cueros —le dije, intentando, una vez más, romper con humor la intensidad de aquel instante—.

Nos sentimos ridículos al vernos desde fuera. Y no podíamos dejar de reír de camino al coche, mientras la arena y las caricias de aquella noche parecían haberse pegado a nuestros cuerpos para no desprenderse jamás.



Aquel inolvidable verano culminó con nuestro ansiado viaje al Mar Rojo. Al fin podríamos disfrutar de una intensa semana lejos de todo, en un escenario inigualable y fascinante, un auténtico paraíso para los amantes del buceo.

Como si estuviésemos ya sumergidos bajo el agua, también en la superficie nos cogíamos de la mano buscándonos constantemente, intentando aliviar aquella incesante necesidad de sentirnos la piel, de notar cómo nuestros cuerpos vibraban cómplices en cada contacto. Hay sueños que parecen más reales que aquellos días en el valle GranRift Sharm el-sheij.

Para surcar los legendarios mares del antiguo golfo arábigo, navegamos en el OCEAN DREAM, que acogía a 20 buceadores. Admirábamos las inigualables puestas de sol sobre aquellas aguas. Compartimos momentos entrañables con el resto de los buzos, convirtiéndonos en la pareja estrella del crucero. Éramos la envidia de todos por la felicidad que desprendíamos y

cómo no..., porque después de las inmersiones desaparecíamos a sumergirnos en nuestro camarote... Contemplar la belleza genera un vínculo tan fuerte como la risa —ambas hablan un lenguaje universal—. Pero cuando mis ojos y los de Mauro se cruzaban, incluso atravesando aquel océano de miradas ajenas, todo se hacía silencio alrededor, como si no pudiésemos oír otra cosa más que nuestras respiraciones. Entonces, huíamos juntos a sumergirnos en nuestro pequeño camarote, donde podíamos dar rienda suelta a nuestras pasiones más profundas.

Mauro me enseñó la belleza de dormir bajo las estrellas. Me abrazó en cada amanecer y me besó en los atardeceres calientes del desierto. Cada momento dentro y fuera del azul era mágico, estaba exultante, feliz, enamorado y se dedicó a complacerme, a hacerme sentir maravillosa como si viviéramos en una eterna luna de miel. Allí en medio del océano, sin más testigos que la luna, el azul y las estrellas. Durante el día, explorábamos los misterios que latían bajo el Mar; por la noche, nos quedábamos sin aire buceando en las calles y rincones de nuestros cuerpos.

—¿Sabes, bicho? —le confesé una tarde mientras tomábamos una copa en la cubierta, exhaustos tras nuestra última inmersión—. Creo que si algún día dejas de cogerme la mano bajo el agua, sentiré que todo se ha acabado entre nosotros.

—¿Pero por qué dices eso, brujita? —me contestó desconcertado por mi afirmación—.

Sonreí tibiamente mientras miraba al horizonte esquivando sus ojos, intentando controlar la emoción de aquel momento y, sobre todo, buscando ocultar aquellas lágrimas de alegría que centelleaban en mis ojos.

—Yo no lo sabía entonces, pero creo que me enamoré de ti aquel primer día en el que saltamos desde la María y decidiste coger mis manos bajo el agua para guiarme por ese mundo que amabas tanto. Y que deseabas que me cautivase a mí también. Puede que suene un poco cursi, pero creo que realmente me estabas guiando a través de tu corazón.

—Tienes razón —comentó con una gravedad inusual en él—.

¡Realmente suena cursi! —acertó a decir antes de estallar en una carcajada—.

Luego corrigió rumbo, quizá siendo consciente de que esta vez era yo quien había abierto la escotilla de mis sentimientos.

Me rodeó con sus brazos antes de susurrarme al oído: «Busqué tus manos bajo el agua aquel día porque ya me había enamorado de la chica que estaba entusiasmada por conocer las profundidades del mar. Fue algo fulminante. Así que ni la corriente más violenta del océano podría ahora lograr separarme de ti».



# El Ocean Dream

Con los pies suspendidos,  
sentada en la proa del «Ocean Dream»,  
siento el aire caliente acariciar mi cara  
y enredar mi pelo.

La mirada se pierde en el horizonte y pasan, lentamente,  
los mejores guiones de mi vida.  
Como la protagonista de mi propia obra,  
puedo escuchar los aplausos en las olas,  
la profunda y agitada respiración  
de mi danza en el viento del desierto.

Este desierto tosco, seco y arenoso tiene magia.  
Sus amaneceres, sus abanicos de tierra,  
sus anocheceres abiertos de luz y estrellas.

Tal paraíso, me evoca y provoca la necesidad de escribir.  
Este salado mar, tiene un olor especial  
que penetra,  
que me atrapa,  
que me eriza.

Este desierto, la gentileza de lo austero,  
es la belleza sin más...

Belleza.

Sentada en la proa cierro los ojos,

vuelo, quiero robarle al mar una historia más,  
sin embargo, mi alma está repleta de ellas.  
Repleta de grandes momentos vividos,  
repleta de tantos que me quedan por vivir.

Deseo sumergirme en ese azul que me hace sentir libre.

Su profundidad me estremece y me apasiona.

No le temo.

Quiero abrazarlo pero es fuerte, rebelde...

está lleno de vida, una vida indomable, apasionada,  
que esconde en su profundidad secretos, historias jamás contadas.

El viento caliente me hace esbozar una sonrisa,  
una dulce sonrisa, el mar y yo...

No somos tan diferentes.

Me sumerjo en él,

en un paraíso increíblemente habitado, majestuoso,  
que no tiene fin.

Miro al horizonte y siento cómo rozas mi mejilla,  
me susurras entre vientos, sigues provocando mi sonrisa  
y me empujas a sumergirme, y te sigo añorando...

Aquí, en el mar, me siento cerca...

tan cerca de ti.

# Subiendo a superficie

Volvíamos del Mar Rojo sintiéndonos como dos enamorados que vuelven de su luna de miel, con unas ganas infinitas de permanecer para siempre en ese estado pletórico y embriagado. Regresábamos a casa, pero volvíamos cambiados. Aquel viaje marcó un antes y un después en nuestras vidas. Nos convertimos en una sola y apasionada alma que arrastraba sus certezas y contradicciones, sus corduras y locuras, pero capaz de iluminar nuestras miradas, nuestros cuerpos y todo el azul en el que nos sumergíamos cada día. Ese espacio que existía entre los dos...

El año continuó su fuga por el almanaque, así como el verano prosiguió radiante. Apuramos los últimos coletazos estivales del mes de agosto para seguir buceando, reencontrándonos bajo el mar y sobre las sábanas, donde dábamos rienda suelta a nuestro amor, al que a veces jugábamos a alimentar con la piel edulcorada, bañada en fresa y chocolate. Todavía siento una súbita punzada en mi vientre cuando recuerdo cómo aquellos días nos sumergíamos en la pasión y, al mismo tiempo, rozábamos el cielo porque sí, tal como decía Mauro, cada vez que hacíamos el amor era como rozar el cielo. Era capaz de comer fresas desde mi boca, entre sus labios y los míos había una cobertura inmejorable.

Pero la calidez acabó por sucumbir al otoño y a los frentes fríos que traía entre los dientes, dispuesto a imponerse al verano bocado a bocado, lentamente. Se avecinaba El cambio de estación y dejaba al descubierto un horizonte incierto.

Sin ser conscientes, afloraba un miedo atroz a que algo pudiese amenazar todo lo que habíamos construido. Juntos nos sentíamos más fuertes para encarar a la aburrida rutina, pero la situación de Mauro era complicada: Empezaba septiembre y con él, el vértigo de un empleo nuevo... ¿otra vez a empezar!

Comenzaba a hacerse visible su preocupación. Su malestar se masticaba en el ambiente cada vez que salíamos y era yo quien pagaba. Su precaria situación económica hacía que yo estuviese siempre en alerta para adelantarme con el tema del dinero. No me importaba, para mí era algo natural: él pasaba por una mala racha y tenía que hacer frente a una nueva situación familiar muy delicada. Pero, de manera inevitable, la decepción ensombrecía su rostro cada vez que yo sacaba del bolso mi tarjeta de crédito. De pronto, el Mauro charlatán y divertido enmudecía. Y ese silencio se terminaba clavando como un puñal en mi garganta hasta que conseguía dejarme sumida en un prudente mutismo. A menudo solían pasar varios minutos hasta que alguno de los dos conseguíamos abrirnos paso entre el espesor de aquellos silencios y recobrábamos nuestra elocuencia habitual. Eran esos momentos en los que creíamos ver la superficie.

Nuestros últimos días en el apartamento de Calvados fueron tranquilos. Mauro apenas quería salir de casa, lo veía preocupado, así que prácticamente me instalé con él, no quería dejarlo solo. Sabía que había pasado por una depresión años atrás de la que le costó bastante salir y, por cómo aventuraba su estado y situación, me temía que se avecinaba tormenta...

Pese a todo, haciendo gala de sus virtudes de escapista, Mauro siempre conseguía huir de sus preocupaciones fingiendo una torpe positividad que no lo llevaba a otro lado más que a desesperarse de sí mismo.

—¿Sabes qué? Este invierno nos escaparemos a la montaña, a un refugio, veremos la nieve a

través de los cristales. Delante de una chimenea, allí, frente al fuego te haré el amor... Me gustaría regalarte un trozo de desierto, para montar una tienda de campaña y mirar las estrellas por la noche. Y un trocito de mar, para sumergirnos los dos solos...

—Eso es precioso, bicho. Gracias.

—No me des las gracias, sólo haz lo que estás haciendo, quíereme siempre, como me quieres ahora. Ahora solo sé que te quiero y es lo único que me importa.

Mauro levantaba la cabeza por encima del ordenador buscando mi mirada cómplice y yo le sonreía, sin apartar la mirada de mi pantalla, mientras abría mis primeros correos, que había descuidado y olvidado en los últimos meses...

—Lo sé... lo sé, bruja —se contestaba a sí mismo, derrotado—. Se me empieza a ir la cabeza... Me levanté de la silla y fui hacia él hasta colocarme detrás.

Le rodeé con mis brazos y besé su nuca.

—Ten paciencia —le susurré al oído— ¡No te rindas, profe! No pierdas esa sonrisa...

—Lo sé, cielo. El tiempo pondrá todo en su sitio. Y a ti y a mí que nos ponga juntos.

Volví a besar su cuello mientras intentaba alcanzar un pañuelo de seda que había sobre la mesa. Cuando le di alcance, lo anudé alrededor de su cabeza hasta taponarle los ojos. Luego lo invité a levantarse y a dejarse guiar por mí. Lo conduje hasta la orilla de aquella pequeña cama en la que tanto nos gustaba sumergirnos y posé mi mano firme sobre su pecho hasta hacerlo caer tumbado boca arriba sobre el colchón. Sonreía expectante:

—Quieres jugar ¿eh? ¿Estás revoltosa?

Mientras yo revoloteaba sobre su cuerpo. Me acerqué a él suavemente y pude sentir cómo mi olor le excitaba profundamente. Incorporó su cabeza y hundió su nariz en mi mejilla en un intento por empaparse de mí. Me desprendí de sus manos para excitarlo aún más y aproximé mis labios a su oído mientras lo acariciaba lentamente y le susurraba:

—Abre la boca...

Mauro se quedó paralizado durante un instante y seguidamente obedeció a mis órdenes.

Le dejé caer lentamente la leche condensada que tanto le gustaba. Él sacaba la lengua y rociaba sus labios para saciarse de aquel sabor. Esbozaba una lasciva sonrisa.

—¿Cómo sabes que tengo leche condensada escondida?

—Porque eres un gordo. Porque sé que te encanta y porque desde que te regañé no he vuelto a verla... tú no renuncias a un placer así tan fácilmente.

—Y... porque eres un poco bruja, también —me soltó sonriendo—.

—Eso también —le dije, rotunda, como mirándole a los ojos, intuyendo su mirada tras aquel pañuelo de seda—. Los amantes son ciegos capaces de reconocerse en la oscuridad.

Seguí derramando un poco de leche condensada en el interior de su boca y posé mis labios en los suyos para saborearla también. Mauro no pudo aguantar más y se despojó de la venda. Para su sorpresa yo ya estaba desnuda, algo que le hizo estremecerse de sensualidad. Agarró firmemente el tubo y comenzó a derramarla por todo mi cuerpo. Mi piel se erizó cuando sus labios comenzaron a rodar por todos los recovecos de mi torso y el cosquilleo se me hacía a veces irresistible, lo que me obligaba a contraerme hacia un lado y otro escapando de aquella lengua tan pasional.

Recurríamos al sexo muy a menudo, pero no como vía de escape para eludir nuestras responsabilidades, sino más bien como una forma de expresarnos: el sexo era nuestro lenguaje natural. Adorábamos perdernos el uno dentro del otro. Explorarnos y conocernos. Todos los sabores, los olores y las sensaciones nos eran ya familiares pero siempre encontrábamos algún

ingrediente nuevo para despertar nuestra curiosidad en el cuerpo a cuerpo, en nuestra cálida desnudez. Mauro parecía anticiparse a mis deseos y guiaba sus manos y su boca por caminos que yo parecía trazarle sin pronunciar ni una palabra, sólo usando el lenguaje de la piel. Incluso el ritmo de su pelvis contra la mía respondía a la música que dictaban mis deseos, a esas peticiones que se volvían ininteligibles cuando intentaban abrirse paso, jadeantes, entre bocanadas de aire que anhelaban perpetuar esos instantes. En esos momentos, miraba sus ojos clavados en los míos, buscando esa complicidad que nos condujese a un final simultáneo, a esos gemidos ahogados que terminaban diluyéndose en un dulce sabor de saliva.

Luego nos mecíamos en un mar de caricias y abrazos, amarrados el uno al otro en un amasijo de piernas y carnes, que aquella tarde contaban con el pegamento extra que le proporcionaban los restos de la leche condensada sobre nuestra piel. Mauro se quedó pensativo mirando el techo.



*Fuego que quema y me abrasa. El deseo en tu cuerpo me lleva, me conduce, sonámbulo, me atrapa en tus brazos y en tus besos. Tu boca repica campanas, cada vez más fuertes, cada vez más dulces... haces temblar mi mente, mi cuerpo, mis manos, mi sexo, y me transportas hasta un umbral de pasión y deseo que jamás había conocido. Es entonces cuando te recorro, cuando calco el mapa de tu cuerpo, de la dócil y rebelde turgencia de tus senos, de pezones altivos, pabellones de tu nave. Desciendo, mi amor, hasta tu sexo y bebo de él el vino de la vida, juego con la fuente de tu placer, me sumerjo en tu más íntimo secreto. Y volvemos al juego de las caricias, del beso y del susurro, de piernas que se abrazan a torsos, de manos que buscan ser besados, de bocas que se mueren por ser comidas. Ya en límite del límite, nos unimos el uno con el otro y no hay dos sexos ni dos pulsiones, solos los dos, que somos uno, bailando dentro del otro, muslos poderosos que, cual hiedra, trepan por el árbol añoso de la vida. Y te veo, mi amor, gozo y delirio, entregada al placer y la ternura, al orgasmo, a la locura, al espasmo de amor tan contenido, tan aplazado, tan escondido. Más cuando yo te siento fuerte, albergar en tu adentro mi pasión, un calor tierno me derrite, me lleno de luz y de alegría moviéndome a tu ritmo, cogiendo tu cintura, arañando mis miedos y mis penas, desnudando a tu alma y a tu cuerpo, susurrando a tu oído que te amo, buscando el clímax para derramar en tus venas lo que soy. Bailando, volando, te idolatro y pierdo la razón y la cordura, te siento mi mujer, mi niña, mi bruja. Te quiero, alma limpia, ojos nobles, piel desnuda, abierta y franca como un libro por escribir, un libro en blanco, por hacer entre los dos con renglones de amor y de locura...*



—¿En qué piensas? —pregunté sacándole de su letargo—.

—¿Pensar? ¿Yo? ¡¿Estás de broma?!

Como siempre, volvía a usar su sentido del humor sarcástico para esquivar los problemas, aunque esta vez no tendría escapatoria. Tras una larga ducha nos vestimos y salimos a pasear. Aproveché aquel momento para preguntarle:

—¿Cómo va todo en casa, Mauro?

—No muy allá —me confesó, encogiéndome los hombros—. Las cosas se han torcido hasta con mis hijos. Los tres contra mí... es lo que hay, tienen que aceptar la nueva situación.

Yo buscaba su mirada. Quería que encontrase ese apoyo incondicional que tanto necesitaba. Pero él siguió hablándome con la mirada perdida en el horizonte:

—Y luego, está el tema económico Pero me da todo igual, quiero estar contigo, es lo único que me importa, no pienso renunciar a nada de lo que estoy viviendo, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Ya..., pero... perdona si me meto donde no me llaman

—dije, enganchándome en su brazo—. ¿Es posible que a veces pierdas un poco la cabeza con eso de que yo soy lo único que importa? Me refiero a que, a pesar de que son tiempos difíciles para ti, no nos hemos privado de nada... nuestro viaje, la 212... son lujos muy caros. , bicho.

—Tú te mereces todo eso y más —dijo acercando sus labios a mi mejilla—. Sólo quiero darte lo mejor. Verte feliz y sonriendo es lo único que me importa.

—Pero Mauro —acerté a pronunciar mientras me alejaba de su boca—. ¿Me puedes explicar cómo te permitías todo eso?

—Pues Julia, cuando uno no tiene medios, pues los busca...

Por un momento palidecí, me esperaba lo peor, no me podía imaginar dónde podía andar metido. Mi mente se aceleró cuando empecé a enumerar mentalmente todo el despilfarro que, de un tiempo a esa parte, Mauro había empleado en pagar su viaje, las vacaciones, los restaurantes... Que no pagaba yo...

—¿Dónde andas metido exactamente, Mauro?

Aguantó serio unos instantes, como pensando en lo que acaba de preguntarle, hasta que soltó una carcajada. Yo le di un manotazo en la espalda y le recliné enfadada aquella puerilidad tan suya. Pero, en el fondo, respiré aliviada.

—¡No me asustes, bicho! Y recuerda ser sincero, por favor...

—No me gusta que sepas esto, Julia. Pero si me pides que sea sincero... Lo he cogido de la cuenta de mi hija.

—Pero... lo sabe ella ¿no? —dije casi temiendo la respuesta que se me venía encima—.

—No, claro que no. Tarde o temprano tendré que devolvérselo. Me solté lentamente del brazo de Mauro y él, incrédulo, intentó volver a cogerme. Yo me escurrí como una sardina haciendo oídos sordos a la retaila de justificaciones que comenzó a emanar de su boca hasta que lo frené de forma tajante:

—No, Mauro. ¡Escúchame! —dije, zafándome de sus brazos—. Eres un inmaduro y un maldito cobarde. ¿Has robado el dinero a tu hija!? Es que no me lo puedo creer... ¿De qué te quejas entonces? ¿Cómo pretendes que estén en tu casa? ¿Te has propuesto perder también a tu hija?

Mauro tenía la misma expresión que el día que casi ponemos fin a nuestra relación. Quería hablar, darme sus explicaciones, y yo no se lo permitía. No entendía su actitud, se había vuelto a

convertir en un completo desconocido para mí. Y desde mi pecho hasta la garganta comenzaron a emerger reproches que yo misma había intentado ignorar todo este tiempo:

—A veces pienso que ni siquiera fue una casualidad lo de que Marta encontrara nuestro chat. Eres tan incapaz de resolver tus propios problemas y hacerles frente que me juego la vida a que dejaste nuestra conversación abierta de par en par para que fuera lo primero que viera sin necesidad de buscar mucho.

Mauro se quedó sumido en el silencio, con una mueca de incredulidad tallada en su rostro. Como si quisiese mandarme un mensaje con ese gesto tan suyo, abriendo fijamente sus ojos, como si en ese momento fuese yo la que tenía que leer por su expresión eso de «quien calla otorga».

—Bueno, bueno, bueno... ¡No me lo puedo creer!

La rabia me ahogaba. Y él comenzó a desplegar sus alegaciones.

—Julia, ¿tú crees que yo me siento orgulloso de ello? Es mi propia hija. Cada céntimo que le he cogido de la cuenta ha sido con la intención de devolvérselo. Sé que para ti puedo parecer un irresponsable, un inconsciente que derrocha el dinero de sus seres queridos, pero lo he hecho por ti. Te he conocido cuando más necesitaba conocerte, pero quizá en el peor de los momentos por los que he atravesado. Lo único que he querido ha sido sorprenderte, estar a la altura, demostrarte que lo daría todo por ti. Todo. Sin importarme nada más. Una vez te dije que solo daría mi vida por ti y por mi hija ¿recuerdas? Nunca te he mentado, a ti no. Era el momento de vivir todas estas experiencias contigo y no he querido privarme de ello, porque era nuestro momento. Ya remediaré lo de mi hija, no te preocupes. Y con respecto a Marta... sé que soy tan cobarde como para evitar a cualquier costa hablar cara a cara con ella sobre lo que sentía, pero no juzgues mi proceder también en eso. Me gustaría haberlo hecho de la mejor de las maneras, pero el objetivo era el mismo. Quería poner fin a esa relación y comenzar mi vida contigo. Por favor, no me reproches los medios que pueda haber utilizado para ello...

En la mirada de Mauro había tristeza. Supe que hablaba con toda la sinceridad.

—Te recuerdo lo que te dije aquel día: soy el hombre más imperfecto del mundo Julia, pero te quiero. He aprendido a mejorar, quizá me falta pulir algunos detalles, pero por ti he tenido el valor de tomar unas decisiones que un tiempo atrás jamás habría imaginado que llegaría si quiera a plantearme. Estoy mejorando, de veras. Déjame seguir creciendo junto a ti...

—No se trata de que te deje o no... ¿por qué lo tienes que hacer todo tan difícil, Mauro?

Se quedó en silencio unos segundos y se acercó a mí buscando el consuelo de un abrazo. Yo le correspondí. Los dos permanecimos así, entrelazados, sin mediar palabra, suspirando aliviados al contacto de nuestra piel. Pero no pude evitar rematar aquella discusión con una sentencia, que con el tiempo se convertiría casi en un ultimátum:

—Yo no le he dado relevancia al dinero, bicho... en su justa medida. El dinero es solo dinero. No se la des tú.



## Y desperté

Y desperté,  
sin otro cielo ni horizonte que estar para siempre entre tus brazos,  
que abandonarme, tranquilo, entre tus manos,  
que mecer mi corazón entre tus besos.

No quise más  
que cobijarme a la sombra de tus ojos  
y leer entre líneas tus silencios,  
saberme el guardián de tus caricias,  
calmar tus dolores, tus desvelos.

Me conjuré  
para hacer de nuestras vidas una sola  
y de nuestro amor un solo arpegio,  
una partitura con dos claves compuesta, sin embargo, en armonía,  
con una misma intención,  
un mismo tono, intensidad, pasión, alegría.

Y decidí  
reírme de los miedos y los juicios de aquellos necios  
que no saben lo que es amar y ser amado sin medida,  
los que se esconden detrás de los miedos,  
los que se atan a las convenciones, al qué dirán,  
a las hipócritas cadenas morales dictadas por los cobardes,  
los castrados, los hieráticos e insensibles jueces de las almas  
que no escribieron jamás un solo verso  
ni lloraron escuchando una humilde música.

Así me alcé,  
esgrimiendo tu nombre por bandera,  
llevándote como patria en mi mirada,  
gritándote, soñándote, viviéndote,  
repitiendo tu nombre a cada paso,  
invocando tu nombre cada día, cada hora, cada minuto.

Y renací.



Con el tiempo había aprendido a valorar los intentos de Mauro por consolidar nuestra relación, aunque estos fuesen equívocos. Tenía claro que había un error de base que le hacía perder el control en su proceder con todo. Por un lado estaría siempre dispuesta a ayudarlo, pero también me desquiciaba que con su edad, todos sus movimientos careciesen de templanza y madurez. Acabé convencíendome de la buena voluntad de sus intenciones, solo tenía que pulir la forma de conseguir sus objetivos. Le hice saber, una vez más, que contaba con mi apoyo y con mi amor, siempre y cuando siguiera mejorando la forma con la que se enfrentaba a los problemas y siempre que se desprendiera de ese complejo de inferioridad, que lo conducía a una pérdida de control, por querer vivir por encima de sus posibilidades.

Tras haber hecho las paces, de vuelta a casa, recibí un mensaje de Mauro que añadía más peso a su desánimo:

M: Tengo que dejar el piso de Calvados.

No quise preguntar. La respuesta era una obviedad. Preferí no ahondar más en su desdicha y que olvidara todo lo que a su alrededor se desmoronaba. Agarrándome a un clavo ardiendo decidí coger dos entradas para un concierto de The Blues Brothers. Tenía la certeza de que Mauro necesitaba distraer su mente, ocupar el tiempo libre con estímulos, dejar pasar estos días en los que veía con impotencia cómo su vida daba un giro tan radical.

J: He cogido dos entradas para un concierto. Yo voy a ir, solo me falta un acompañante...

M: ¿Qué concierto?

J: El de The Blues Brothers, mañana... ¿me acompañarías?

M: ¡¿Cómo?! ¡Yo soy el fan número 1 de The Blues Brothers! ¡Yo no te acompaño, tú me acompañas a mí, muñeca!

J: Jajaja. ¡Genial! ¡Mañana entonces concierto!

Aquel día por la mañana salí temprano de casa para elegir un vestido con el que sorprender a

Mauro. Quería que nada más verme olvidara todo lo demás, que se sintiese digno de tenerme, tal y como yo lo veía. Elegí para la ocasión un vestido largo y blanco que realzaba el bronceado que aún lucía mi piel. Me encantaba el contraste que hacía con las puntas de mi pelo rubio. Imaginaba la cara de Mauro desenchajado, deseando arrancarme el vestido con los dientes.

Me miré al espejo antes de salir, me sentía plétórica. Quería demostrarle que él ya había empezado a formar parte de mi vida y que me tenía para todo cuanto me necesitase. Antes de cerrar, eché una última visual al salón de mi casa. No había superficie que no tuviese una vela. Me dio la risa pensar en el tiempo que me llevaría encenderlas todas cuando llegase con Mauro.

Llegué al festival de verano donde acontecía el evento. La culpa de mi nerviosismo la tenía mi emoción por las expectativas de aquella noche. Por fin la calva de Mauro se distinguía entre la gente que acudía al concierto. Nada más verme exageró su cara de asombro, pude detectar esa mirada lasciva desde la lejanía, la misma que había imaginado. Cuando llegó hasta mí, recorrió mi cuerpo con la mirada de arriba abajo. Acercó su nariz a mi mejilla, le gustaba hacerlo, olerme, era como olfatear a su presa. Yo le sonreía triunfal.

—¡Estás preciosa! —dijo aún con ese gesto de incredulidad en su cara y sus redondos ojos abiertos y clavados en mí—

—¿Te gusta? —le contesté sonriente—. ¡Lo estreno para ti! Mauro cambió el gesto repentinamente. Su sonrisa disminuyó hasta convertirse en una mueca apretada, de esas que nos vienen hechas de fábrica, diseñadas sólo para fachada, que enmascaran lo que ocurre en el interior.

—¿Te has comprado un vestido para esta noche?

—Sí —le respondí con una dulce sonrisa—.

¿Qué le podría haber molestado? ¿Que hubiese gastado mi dinero en mostrarme exultante para aquella noche?

Le besé, lo abracé restando la aspereza del momento y entramos en el recinto. Cogimos unas cervezas y un cucurucho de jamón mientras esperábamos a que comenzara el evento.

El concierto fue espectacular. Mauro parecía contento, satisfecho de la mujer que tenía a su lado, crecido por las miradas que me dedicaban los demás.

Reímos como adolescentes cantando los temas que forman parte de la historia de una época dorada de la música. Mauro me hacía reír, mientras cantábamos, bailábamos y nos hacíamos cientos de *selfies* haciendo guiñotadas, sacando la lengua, o besándonos. Felices.

Fue una noche maravillosa a la que pusimos broche cuando llegamos a casa.

—Durante todo el concierto no he dejado de pensar en una cosa.

—¿Sí? —dije intuyendo el rumbo de sus palabras—. ¿En qué?, dime.

—En quitarte este vestido así, lentamente. Bajarte la cremallera, ver cómo se deslizan los tirantes por tus hombros y dejarlo caer en el suelo.

—¿Así? —le dije mientras se deslizaba por mis piernas—.

—Así. Eres tan sensual... Esta noche estabas preciosa, he sido la envidia de todos... Gracias.

Los días siguientes trascurrieron con normalidad, yo me reincorporé a mi trabajo y aprovechaba cualquier momento para estar con Mauro en Calvados. Me preocupaba su estado de ánimo.

La noche anterior al 29 de agosto, Mauro me dijo cosas preciosas, hacía planes de futuro, incluso ya fantaseaba con las próximas vacaciones de invierno.

Trabajé toda la mañana y después le llamé.

—¿Te recojo y vamos a dar un paseo, bicho?

—No, cariño, ven. Prefiero que nos quedemos en casa. Llegué al apartamento, Mauro no se había vestido, sólo llevaba unos *slips* y su aspecto transmitía dejadez. Le besé y nos estiramos en la cama.

—Tranquilo, todo saldrá bien, no te arrugues. Ahora tienes que ponerte las pilas, trabajar... Yo estaré a tu lado.

Sin embargo las dulzura de mis palabras hicieron cambiar su semblante.

—Es mi cabeza Julia, no puede parar... no estoy bien. No te merezco. No quiero arrastrarte. No quiero hacerte daño. No quiero hacer daño a nadie más. Pienso en mi hija, Marta. En mi familia. Todos están sufriendo, no quiero que sufras tú también.

—¿Qué te pasa, Mauro?

—No puedo continuar, todo me supera. Tú tienes razón en todo lo que me has dicho siempre. No puedo mirarte a la cara, no sé qué me está pasando... perdóname, Julia.

Lloramos como chiquillos, pero entendía lo que le estaba sucediendo. Y a la par lo esperaba... y lo detestaba.

Antes de salir del apartamento fui al aseo, abrí el mueble espejo y entre los desodorantes le dejé dinero.

Salí de allí, el escenario era patético, la puesta en escena de Mauro era como de un teatrillo mundano, barato y creí que todo formaba parte de un guion estudiado. Sus manos tapaban sus ojos en un ademán de querer ocultar sus lágrimas o de, una vez más, negarse a ver la realidad.

Antes de entrar en mi coche respiré profundamente y le escribí un mensaje a su hermana. Nunca había hablado con ella, sólo había oído su voz en el manos libres de Mauro cuando conversaban. Siempre me decía que nos llevaríamos muy bien, pues compartíamos gustos literarios. Tenía que poner en conocimiento a alguien que Mauro estaba solo, que no estaba bien y que necesitaba ayuda, porque la mía, la única que tenía hasta ese momento, la había rechazado. Me respondió dándome las gracias. Nada más.

Me dirigí al hospital, casi no podía respirar, la ansiedad me oprimía cada vez más, como si una mano quisiera estrangularme. Nada más llegar me atendió mi doctor:

—¿Qué pasa Julia? Por Dios, ¿cómo vienes? Qué ha sucedido? No recuerdo más, me desplomé entre sus ojos y la camilla. Cuando desperté, Estela estaba sentada junto a mí, mirándome, cogiéndome la mano.

—¡Ya era hora! ¡Buenos días chica de la sonrisa!



Me desperté buscando una bocanada de aire en la superficie.

Me enamoré del azul.

Me adentré en sus profundidades sin miedo, prediciendo sus peligros.

Confiada, me envolví y me dejé arrastrar por sus olas.

Desperté de aquel viaje al océano, que recuerdo con tanta ternura.

Allí no visité ópera alguna, pero escuché el silencio,  
cómo se reflejaba en el cielo estrellado de la noche,  
en los amaneceres rojos, en las noches plateadas.

Descubrir el azul ha sido decisivo en muchos aspectos de mi vida.

Algunos se ahogaron, sí, las corrientes son fuertes  
y muchas veces dificultan el camino para llegar a buen puerto.

Pero el azul es inmenso en todo su esplendor y magnitud.

# Marta

—Las tertulias políticas tienen aún menos decoro que las del corazón —dijo Estela apuntando al televisor con el mando a distancia—. O bueno, no... la verdad es que las dos dan el mismo asco.

Dejé de hacer anotaciones en mi agenda para mirar un instante a la pantalla.

—Pero cambia a otra cosa, mujer. Será por canales... —le contesté, mientras deslizaba mis pies lentamente por el sofá hasta encontrar un cálido y confortable cobijo bajo los glúteos de Estela—. La confianza puede resultar tan repugnante como acogedora. Tiré un poco más de la manta hasta cubrirme el torso y disfruté del calor que el tejido irradiaba sobre mi pecho. Sin quererlo, este permanente estado de horizontalidad en el que me había sumido se había convertido en una buena estrategia para poner orden en mi vida, algo totalmente extraño en un nervio andante como yo. Sin embargo, esos instantes sedentarios me ayudaron a coger el impulso que necesitaba. Podría decirse que, en tan solo dos días, Estela y yo nos aferramos a aquel sofá como si se tratase del único salvavidas en medio de un océano de confusión. Yo recomponía mis pensamientos... escribía. Escribía mucho. Y Estela, simplemente estaba allí. Conmigo. Siempre conmigo.

Mientras garabateaba en mi cuaderno dejó de atender la televisión y se dirigió a mí.

—¿Cómo estás?

Sin levantar la mirada le sonreí con una pequeña mueca.

—Bien, estate tranquila. Puedes irte cuando quieras, de verdad.

—«Estate tranquila» dice... —farfulló mientras zapeaba sin atender a los programas televisivos que desfilaban ante ella—. Después del susto que me has dado ahora me dices «estate tranquila», como si nada...

No supe qué añadir. Ella sabía que, por descontado, le estaba eternamente agradecida. Al poco volvió a la carga.

—Y del «buzo», ¿sabes algo?

—¿Mauro? —pregunté retóricamente cerrando mi cuaderno—. No. Se lo habrá tragado el mar, o la culpa... prefiero no pensar en él, la verdad. Creo que no merece más mi atención.

—No me extraña. Es un canalla.

—No, Estela —le dije tajantemente—. No quiero alimentar rencores... Le deseo toda la felicidad, en serio..., que encuentre su estabilidad, que encauce su vida y que todo le vaya de fábula... pero no puedo más. Todo esto ha terminado minando mi salud. ¿Quién me iba a decir a mí, que ese estado pletórico de felicidad en el que nos sumergimos terminaría en un hospital? ¡Por Dios, qué barbaridad!

Estela me mantuvo la mirada unos largos segundos y sin pestañear me soltó:

—¿Sabes? Hay dos cosas en las que ese Mauro estaba en lo cierto: no está a tu altura y no te merece.

~~~~~

Poco a poco fui recobrando la rutina que había mantenido antes de conocer a Mauro. Decidí cerrar un paréntesis. Había vivido una historia de amor con sus luces y sus sombras y estaba convencida de quedarme con lo bueno y en seguir adelante con mi vida, luciendo el emblema que siempre me había caracterizado: una gran sonrisa.

El buceo no había dejado de formar parte de mis *hobbies* más recurrentes. Sin duda, era el mejor legado que me quedaba de Mauro. Inexplicablemente, a pesar de haberlo compartido con él, había conseguido convertirlo en una vía de escape para reencontrarme conmigo misma. Era curioso cómo el azul que había envuelto nuestra historia ahora se convertía en mi refugio, un hábitat donde seguir explorando con el mismo impulso de una criatura que por primera vez respira su bocanada de oxígeno para abrirse paso ante la vida.

Viajar, el fondo marino, la lectura y la escritura se habían convertido en un lodazal donde ahogar todos mis demonios. Las heridas seguían abiertas, pero intentaba no regodearme en ellas.

Decidí escribir un relato y volcar mis sentimientos más recientes en él. Era la mejor manera de callar ese silencio que me ahogaba. Cuando llevaba unas páginas, sonó el teléfono fijo. Si hubiese sido a una hora temprana habría supuesto que se trataba de una llamada comercial, pero me extrañó al ver que el reloj marcaba las 22:00. Me levanté y descolgué el teléfono, pero nadie contestó a mi saludo. Insistí varias veces:

—¿Diga?

Nadie respondió. Y colgué sin más. Debía de tratarse de un error. No quise hacer conjeturas de ningún tipo, a pesar de que pronto descubriría que me equivocaba.

Aquellas llamadas sin respuesta comenzaron a repetirse continuamente, sin seguir un patrón determinado. El teléfono sonaba a cualquier hora, en cualquier momento y al otro lado no se oía más que el silencio. En un principio mantuve una actitud serena, pero cuando empecé a desesperarme mi prudencia inicial se acabó erizando.

—¡Oiga, no sé qué es lo que pretende, pero como dé lugar a que tenga que cambiar de número le aseguro que averiguaré quién es!

Sin embargo nadie se pronunciaba. Sólo, en ocasiones, llegué a escuchar su respiración, cosa que me hacía estremecer aún más. Fuese quien fuese, el caso es que, finalmente, consiguió lo que quería: preocuparme. Me preguntaba quién podría estar detrás de aquellas llamadas, pero, inevitablemente, en mi cabeza se barajaba y se repetía de forma obsesiva un solo nombre: Mauro. Sin embargo, por muy cobarde que pudiera ser, me costaba imaginarlo ejecutando deliberadamente aquel acoso.

Un día, al descolgar el teléfono, utilicé su mismo juego: me quedé en silencio al igual que mi enigmático interlocutor. Tras unos breves segundos pregunté:

—¿Mauro? ¿Quieres decirme algo?

Mis palabras provocaron una reacción insólita: esa vez fue la otra persona quien colgó el teléfono de inmediato.

Pasaron los días, hasta que una tarde, en torno a las cuatro —esa hora espesa que nubla la visión y los recuerdos—, volvió a sonar el teléfono. Descolgué con torpeza... al otro lado escuché una voz femenina que se identificó como Marta, la mujer de Mauro.

Aquella mujer que estaba al otro lado del teléfono me transmitió lástima, me culpaba sin más

de su desdicha. Me lanzaba continuas acusaciones buscando justificar sus propios errores. Su voz intentaba mostrar firmeza, pero se quebraba al menor descuido, podía sentir como la vida la había marcado con dureza. Hablaba solo ella. Era consciente de que a Mauro le había gustado siempre flirtear con las mujeres y lo había aceptado y consentido toda su vida.

Como mujer entendí su dolor, su despecho y su rabia contenida, pero por otro lado, no dejaba de preguntarme: «¿De qué se queja?» Si terminó aceptándolo, todo esto era previsible. No soy yo la culpable de sus desdichas. Yo no le «jodí la vida», como llegó a afirmarme. Me negaba a aceptar aquella responsabilidad sobre mis hombros.

—Usted decidió hace treinta años caminar al lado del engaño, acostarse con la mentira... soportó y consintió las infidelidades de las que tuvo conocimiento —le contesté—. La diferencia, esta vez, es que él pudo haberse enamorado y que tuvo el valor suficiente para tomar la decisión de dejarla. No voy a valorar ni a entrar en sus formas, las cuales nunca compartí.

Y así lo sentía. Mauro quería ser feliz, vivir en paz, sin más mentiras el resto de su vida. Él también era víctima de un matrimonio deteriorado que desde hacía ya dos años estaba anclado en la monotonía y en la desidia.

Marta utilizaba un vocabulario soez, remarcado por su voz dura y agrietada, en la que se manifestaba su desdicha por la conducta de Mauro, por sus mentiras, sus cambios de empleo, sus encierros y huidas cuando se sentía con la soga al cuello... Maldecía su propia paciencia por haber seguido aguantando, recomponiendo sus pedazos hasta que volvía a levantarse de nuevo.

Dicen que la primera vez es culpa del que engaña, pero la segunda ya es de quien lo acepta... lo cierto es que las palabras de aquella mujer retrataban a la perfección al mismo Mauro que yo conocía.

¡Claro que Marta era la mujer de su vida! Porque era quien lo había aguantado siempre y, si no me equivocaba, seguiría siendo así. Ella es quien que le había proporcionado las comodidades propias del bienestar y la rutina. Estaba segura de que Mauro la conocía tan bien que sabía cómo salir y cómo entrar de nuevo en su vida. Después de una temporada de reproches y dardos no tardaría en ganar su afecto y, cuando volviesen a su afianzada vida de siempre, volvería a hacer lo mismo, volvería a buscar estímulos para sentirse vivo y acrecentar su propio ego. Así es Mauro.

Por eso, a pesar de las constantes salidas de tono de Marta, sentía una especie de compasión hacia ella. Aquella perseverancia que mostraba se apuntalaba en su baja autoestima. Me entristecía el hecho de pensar que no se respetaba ni a sí misma. Marta había tenido una relación difícil de la que Mauro le ayudó a salir cuando la conoció. La vida la había convertido en una mujer dura, desconfiada e inmóvil bajo la sombra de Mauro.

A todas luces intentaba tapar su desdicha culpándome a mí y yo solo intentaba arrojar luz a su ceguera... máxime cuando yo sabía tantas derrotas y avatares de su matrimonio contadas por el propio Mauro.

—Si te engañó, lo hará siempre. No hay excusas para ser infiel. Ninguna. Cero. Si has escuchado un «lo siento tanto», «no sabía lo que hacía», «no significó nada», «solo tú eres la mujer de mi vida»... Si eres débil ante esto, reincidirá una y otra vez. Plántate. Te mereces algo mejor.

Le hablaba a Marta con total sinceridad y, en cierto modo, sentía al mismo tiempo que intentaba convencerme también a mí misma. Todos esos consejos que casi instintivamente le lanzaba a ella rebotaban de manera atroz en mi conciencia y herían mi orgullo, porque empezaba a comprender que Mauro sólo había repetido conmigo el patrón de conducta obsesivo y enfermizo que tanto daño había hecho a su mujer. Huir, justificar sus ausencias por su estado anímico...

Sentía que me había dejado engañar por un cobarde mayúsculo. A medida que avanzó nuestra conversación la figura de Mauro adoptaba una nueva dimensión para mí. Empezaba a entender cosas que antes no comprendía o prefería no asimilar... entendía, por ejemplo, por qué siempre perdía sus empleos: esa inconstancia, ese inestable parecer, arrastrado por cualquier viento fresco, como si de una veleta se tratase... Mauro era un convenido en una situación de vértigo permanente que todo su entorno conocía.

Hablaba, y a medida que yo tomaba la palabra, ella enmudecía al otro lado del teléfono, aunque mi tono seguía siendo sereno, firme y contundente. No lanzaba mis palabras contra ella: sentía que lo hacía contra el propio Mauro, como si fuese él mi interlocutor. Ante el desatino de acusaciones decidí que lo mejor era terminar con aquella absurda y molesta conversación.

Después de aquello me quedé un tiempo pensativa, con el auricular en la mano. Sentía como si nuestra conversación se hubiese quedado en el aire, me costaba imaginar la sensación con la que se habría quedado Marta. Me preguntaba hasta qué punto podía una llegar a lo absurdo y surrealista de esa situación. Quizás le movía el impulso para drenar su dolor, un gesto fruto de la rabia o del deseo incontenible de ahogarme con sus propias manos.

Sea como fuere, lo único que tenía seguro es que no quería saber nada más de Marta ni del universo que giraba en torno a Mauro. Todo aquello me resultaba de lo más patético y vulgar.



Pasaron unos pocos días en los que parecía encauzar toda mi atención en cosas que verdaderamente me hacían sentir viva. Seguía trabajando en mi relato, el cual ya lo concebía como lo más positivo de estos meses atrás. La experiencia había arrancado de mí un testimonio que estaba dispuesta a expresar con toda la naturalidad del mundo. Me sentía fluir en la escritura como hacía tiempo no lo experimentaba, inspirada por una espontaneidad que, lejos de cualquier resentimiento, pretendía abrir una ventana a mis emociones para que pudieran ser leídas por cualquier alma dispuesta a escucharme.

«No hay una sola historia de amor real con final feliz, porque si hay amor no tendrá final y si lo tiene no será feliz».

Además de la escritura y el buceo también me pasaba horas leyendo y asistía a varios conciertos... Mis grandes pasiones volvían a ser los pilares de mi vida y ocupaban gran parte de mi tiempo, además de las horas de trabajo y las citas con Estela, que se habían vuelto cada vez más largas y recurrentes.

Las redes sociales nunca fueron prioridad en mi vida, aunque en aquellos días de encierro y de reposo sentía la necesidad de compartir mis aficiones, de adelantar a mis contactos que estaba inmersa en un nuevo proyecto, de contar, básicamente, que estaba bien, que seguía viva y sonriendo.

Fue durante una de mis inmersiones en Facebook cuando me cercioré de que acumulaba algunas solicitudes de amistad de gente que no había visto en mi vida. Gente variopinta, desde hombres y mujeres de mi edad a chicos y chicas adolescentes, además de algunos perfiles falsos sin imagen real en su avatar. Nunca acepté entre mis contactos a gente que no conociera, por eso,

aunque me permitía fantasear de vez en cuando con que podía estar despertando admiración, seguí en mis trece y rechacé todas aquellas invitaciones a conectar.

Pero, poco a poco, esas solicitudes empezarían a levantar mis sospechas porque se estaban produciendo de forma simultánea a un nuevo acoso telefónico, esta vez en mi teléfono móvil. Recibía constantemente llamadas de números ocultos que colgaban a los pocos segundos sin decirme ni una palabra. Llamaban a cualquier hora. Ya fuese por la tarde o de madrugada. Se hacía tan difícil que prefería silenciar mi móvil o simplemente apagarlo.

—Déjame que lo coja yo —decía Estela quitándome el teléfono de las manos—. ¡Escúcheme, quien quiera que seas, deje de molestar a la gente de bien... dejen a Julia en paz, por favor!

—No entres en su juego —le decía yo sin ni siquiera mirar cómo lanzaba improperios—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada, me ha colgado —dijo Estela reconociendo su derrota y devolviéndome el móvil—. Yo que tú, denunciaría. Ve a la policía Julia, esto no lo puedes consentir más, te está destrozando.

Quizá fuese lo más sensato, ir a la policía y denunciar, pero no me apetecía pasar por esa incómoda tesitura, a eso se le sumaba que tenía la firme intuición de que el fantasma de Mauro persistía. Podría ser alguien de su entorno, ¿quién sabe?

Lo cierto es que el arrebato de Estela reavivó el acoso aún más. Y acabé recibiendo un mensaje de texto con número oculto. Ahora, quien fuere, sabía que hacía daño.

*Te arrepentirás de haber nacido. Pagarás por tus actos. Se te ha acabado el juegucito de mujer encantadora. Maldita interesada*

—¿Interesada? ¡Esa sí que es buena —dijo Estela llena de indignación— ¡¿Qué interés se puede tener en un tipo gordo, calvo y con su tarjeta de crédito en números rojos?! ¡Tu único pecado ha sido enamorarte, Julia!

Aquel texto me dejó noqueada, no entendía nada y, por primera vez, a mi hartazgo se le añadía una extraña sensación de miedo y desprotección. Decidí no entrar en su juego y no responder a aquellas provocaciones, pero, como era de esperar, poco a poco esos mensajes fueron subiendo el tono:

*¿Qué plan tienes para hoy? ¿Alguna presa nueva a la vista para engañar?  
¿A quién andas en-gatusando?*

Incluso meses después, justo en la fecha que recordaría como nuestro aniversario, recibí una fotografía en la que Mauro y yo estamos en la proa del barco besándonos bajo la luna. En el pie de foto habían escrito: «¿Ahora también sonríes?» Fue de muy mal gusto recibir aquello.

Supongo que tendría que haber denunciado aquella situación desde el primer momento, tal y como Estela me había recomendado, pero decidí ser prudente y esperar, porque tenía indicios de quién podía estar detrás de esas amenazas... aunque no podía demostrarlo.

Las solicitudes de amistad en las redes sociales eran posteriores a mi conversación con Marta, por lo que no me extrañaba que naciesen de un afán paranoico por querer rastrear mi perfil para comprobar si Mauro aparecía en mis fotos o había algún indicio que hiciese sospechar que manteníamos algún tipo de contacto o relación. Pero mi configuración de privacidad se lo impedía. Solo si yo se lo permitía podría ver mi contenido. Jamás acepté ninguna solicitud, ni de Marta ni de la hermana de Mauro ni de su hija, ni de ningún desconocido.

Pese a las negativas de Estela, envié un mensaje a Mauro:

*Ha pasado el tiempo y a estas alturas ya no corresponden ciertas actuaciones que siguen persistiendo. Sin duda la ignorancia es muy atrevida... Sabes que no me ocupa la vida ajena ni las redes sociales, pero hasta el felino más manso, si le pisan mucho la cola termina por morder.*

Y aproveché para adjuntar una de las últimas fotos que me enviaron.

Para mi pesar y contra todo pronóstico, las llamadas continuaron. Y mi móvil pasó a ser un aparato casi sin vida, que revisaba de vez en cuando por si había alguna llamada o mensaje importante que no formase parte del bombardeo de llamadas anónimas que recibía.

Pero lo peor aún estaba por venir...

Una mañana en la terraza del bar que había junto al club de buceo. Yo recogía mi equipo y una mujer con gafas de sol se sentó frente a mí. Su presencia era intimidatoria y ciertamente desagradable, aún sin cruzar una palabra con ella. Pese a que ocultaba sus ojos tras los grandes cristales oscuros de sus gafas, estaba claro que su mirada permanecía clavada en mí. Incluso se podía intuir tras las lentes unos parpados hinchados, ajados, marcados por el dolor. Era Marta. La reconocí porque aquella mujer era la misma que aparecía en el avatar de su perfil abrazada a su hija. Aquella imagen fue un mensaje subliminal para Mauro cuando este se fue de viaje conmigo («Tú te vas... pero yo tengo lo que tu más quieres»). Era ella sin duda. Una vez más volví a sentir compasión por ella, aunque detestaba que hubiese creado esa situación tan tensa y desagradable. Yo jamás me prestaría a actuaciones de este tipo.

En su mirada oculta se divisaba lo peor de Mauro, empecé a entender que eran tal para cual. Eran de esos personajes que, ante cualquier problema o contratiempo, lanzaban pataletas al aire culpabilizando a los demás de su desgracia. Sin el más mínimo ejercicio de autocrítica, ni pudor.

Decidí que ya estaba bien de tanto circo. Me levanté del asiento y me largué dejando en silencio a aquella mujer que se empeñaba en convertirme en la diana de todos sus males.

Estaba harta de todo, de llamadas, de tanto acoso... y no sabía qué hacer. Jamás me había sentido así, con esa sensación de abandono... no sabía qué hacer ni a quién acudir. Quizá, en otros tiempos, habría acudido a la misma persona de siempre: mi padre. Siempre fui su niña y siempre en situaciones que me sobrepasaron él estuvo ahí, escuchándome, dándome ese apoyo incondicional y todo su amor, a veces camuflado en una apariencia de hierro. Aunque a mi padre, el coronel Rull, yo lo derrotaba rápidamente con un beso. Yo era su debilidad. Siempre fue afectuoso con todo el mundo que le rodeaba. Todo ese amor que mi padre había vertido en sus conocidos se palpó el día de su funeral. Una multitud se agolpó para darle el último adiós... nunca olvidaré el gesto desencajado de sus amigos más cercanos, como el coronel Posada, su amigo inseparable, a quien mi padre siempre recurría cuando necesitaba algún favor inmediato.

Por un momento pensé en que él me podría echar un cable para conocer la verdadera identidad de quien estaba detrás de toda aquella confabulación sin necesidad de empezar trámites interminables o tener que confesar ante un agente cualquiera todas mis intimidades. En otra situación seguramente me habría dejado vencer por la vergüenza y el temor a incomodar a nadie, pero lo cierto es que todo me sobrepasaba. Necesitaba ayuda. Titubeé durante unos minutos y finalmente decidí acudir a él sin decírselo a nadie, ni siquiera a Estela. Me lancé y marqué su número de teléfono.

—¿Coronel?

—¡¿Pero cómo está, Júlia?! ¡Cuánto tiempo sin saber de usted!

—¡Bien! ¡¿Y usted? ¿cómo está y su familia?!

—Todos bien, Julia. Pero intuyo que su llamada no es solo de cortesía. Cuénteme, qué le pasa a la pequeña de mi querido y tan añorado coronel Rull.

De este modo le relaté con todo detalle lo que me estaba ocurriendo. El acoso telefónico, los mensajes, los descalificativos... El coronel me escuchaba atentamente.

—¿Tiene idea de quién puede estar detrás de todo esto?

—Creo que sí, pero no tengo pruebas realmente...

—Bien. No se preocupe. Tendré que intervenir su teléfono durante 48 horas ¿Le parece bien, Julia?

—Por supuesto. Lo que usted considere estará bien.

—¡Y ya sabe!

—¡Sí! Ni una palabra.

Cuando colgué el teléfono una sensación de desahogo se apoderó de mi garganta y unas lágrimas se derramaron por mis mejillas. Podía tomar aire. Era como si de pronto pudiera respirar sin obstáculos... recordé los pensamientos que me habían llevado a tomar la decisión de llamar al coronel y sonreí.

—Gracias, papá.

No hicieron falta las 48 horas para que el Coronel me enviara la identidad de quien estaba detrás de aquel acoso constante. Mis sospechas se convertían ahora en pruebas sólidas. Visualizaba a todo el séquito compartiendo mi número de teléfono para llamarme constantemente a todas horas para conseguir volverme loca. Me sentía ridícula, pero evité caer en el victimismo. Le agradecí al coronel su atención pero decidí dejarlo así, no ir más allá, decidida a pasar página otra vez y las veces que fueran necesarias. Quería olvidarme de esas personas sumidas en la bajeza de sus propias acciones y de un individuo que utilizaba la lástima como herramienta para conseguir sus propósitos. Porque, por encima de todo, yo seguía sintiendo un profundo respeto hacia Mauro y hacia todo lo que habíamos vivido.

Y así, Julia «rompe hogares» desaparecía del mapa en silencio con la esperanza de caer en el olvido para aquellos que estaban dispuestos a hacer de mi vida un infierno.

A los ocho meses no quedaba ni rastro de aquel periodo de asedio. Tan solo coleteaban puntualmente alguna que otra solicitud que yo desechaba inmediatamente. Tal vez el tiempo hubiera hecho su trabajo. Tal vez Mauro había vuelto al calor del hogar.

¿Quién sabe? Poco me importaba ya.

Solo quedaba una causa pendiente. Tenía que cortar cualquier hilo conductor con Mauro para evitar que él pudiera tomarlo como pretexto para llamarme de nuevo. El único que quedaba era el dinero que le presté, así que decidí que se lo reclamará mi abogado.

Nunca me pareció elegante hablar de dinero y sinceramente no acostumbraba a hacerlo. Mi padre me enseñó a gastarlo si se tiene y a reclamarlo si lo deben. Nada más. «El dinero solo es dinero», me decía. Y no, sinceramente, no lo necesitaba, pero a veces a las personas hay que ponerlas en el lugar que les corresponde en su justo momento.

No fue difícil reunir pruebas suficientes para justificar la deuda que había contraído conmigo. Le entregué a mi abogado un correo de Mauro donde, entre «te quiero», besitos y corazones pastosos, me daba las gracias por haberle hecho el préstamo aquel día.

Después de un año conseguí, por un lado, que el dinero volviese a mi cuenta bancaria, y por otro, sentir que cerraba por fin un capítulo de mi vida.

¡Ya no había nada que me uniese a Mauro!

# Reencuentro

El tiempo fue diluyendo mis pensamientos hasta encauzarlos hacia el salvavidas del optimismo. No es que la herida hubiese cicatrizado del todo pero, simplemente, olvidaba su escozor y centraba mi atención en cosas que me hacían feliz, ya de un modo casi instintivo y no por obligación.

El buceo conseguía enjuagarme todos los males en los que solemos dejarnos ahogar los mortales. Ese nuevo azul me hacía ver la pequeñez de los problemas a los que a veces nos aferramos, olvidando que miles de puertas están ahí, siempre abiertas, ofreciéndonos otras alternativas, otros escenarios para respirar, para vivir. Y así, sin apenas darme cuenta, había transcurrido un año.

En los últimos meses llevaba mi equipo de buceo en el coche, como si de un portátil de trabajo se tratase. Me dirigí a un nuevo club que me habían recomendado con muy buenas referencias, así que no hizo falta más y allí me presenté, decidida a cambiar de aires y de azul.

Siempre hay características comunes entre los clubes de buceo, por más que las instalaciones difieran o intenten innovar en la decoración, hay algo común en ellos: ese olor salino, a desinfectante, una esencia de caucho envolvente, el mostrador de bienvenida junto al expositor con pequeñas herramientas y utensilios de buceo y camisetas publicitarias del centro. Son comunes, también, las historias de cada uno, los viajes, las vivencias, las aventuras en sus inmersiones y las caras de fascinación tanto por quienes hacen de esa actividad su modo de vida, como por quienes hace poco que lo han descubierto. Se respira siempre un buen ambiente. Me gusta.

Llegué con mi habitual alegría:

—¡Buenos días! Una señora muy agradable atendía en el mostrador... Me puse a la espera mientras comprobaba que tenía reunida toda la documentación que necesitaba.

—¡La Licencia! —recordé mientras sumergía torpemente mis manos en el bolso intentando localizar mi cartera—.

Mientras tanto, alguien parecía buscar algo agachado bajo el mostrador y, a juzgar por la forma con la que resoplaba, se podía intuir que no estaba teniendo demasiado éxito. Finalmente estalló:

—¿¡Sabes dónde diablos puso las tóricas Martín!?! —se oyó en toda la recepción, ante la mirada intranquila de su compañera y mi absoluto desconcierto—. Esa voz masculina que emergía de las profundidades del mostrador... me resultaba demasiado familiar...

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y las palpitations se me agolpaban en el pecho. Intenté calmarme. Podría ser simplemente efecto de la sugestión: al fin y al cabo, en mi cabeza el buceo siempre estaría contaminado por su nombre. Durante un tiempo, incluso, podría decirse que fueron la misma cosa. Tragué saliva y me esforcé en reponerme.

—Debe estar por aquí, porque ayer las vi —respondió su compañera, mientras se agachaba para ayudarlo en la búsqueda—.

Mientras yo seguía enfrascada buscando mi licencia, levanté la mirada y allí, por detrás del

mostrador, apareció Mauro, que se sorprendió al verme y no titubeó en acercarse.

—¿Julia? ¡¿Cuánto tiempo?! —dijo con voz quebrada y con aquellos ojos que ya no podía seguir esquivando—. ¿Cómo estás?

Levanté la vista y esboqué la sonrisa menos sincera de mi vida.

—¡Mauro! ¿Qué tal? ¿Estás por aquí?

—Sí, llevo en el club unos meses. Muy contento, la verdad...

¿Y tú? Te veo muy bien...

Mauro se acercó en un ademán de querer besarme para limar asperezas a la situación, pero mi postura firme y fría se lo impidió. Así que continuó hablándome.

—Te veo muy bien... Estás muy bien, Julia —decía mientras me recorría con sus ojos de arriba abajo sin perder detalle—.

Yo sentía una mezcla de desgana y pena, y su compañera agradeció que dejase de molestarla tras su pequeño habitáculo y nos sonreía amable, como intentando decirnos que se sumaba a nuestra alegría por aquella coincidencia. Mauro actuaba como si nada. Se dirigía a mí como si nos hubiésemos visto ayer.

Ahí estaba él, interpretando su rol adulator a la perfección, con su sonrisa ancha, esta vez velada por una mueca de nerviosismo e incertidumbre. El tiempo parecía haberse detenido. Todo lo que había a nuestro alrededor se nubló de tal manera que perdí la consciencia de lo que realmente estaba sucediendo. Mauro cautivaba a los principiantes. Creaba esa cercanía con gran rapidez. Yo lo sabía mejor que ninguno de ellos.

—Estás muy bien, en serio. Te veo muy guapa, Julia —insistía machaconamente, como una máquina en cortocircuito, preso de su propio nerviosismo—.

—Gracias, Mauro. Yo también te veo bien —dije, mintiéndole vilmente y volviendo mi atención sobre los documentos que llevaba en mis manos—.

Las piernas me temblaban, pero supe mantener el semblante serio y tranquilo. Él seguía ahí clavado, mirándome, asintiendo mecánicamente, encasquillado en sus «Te veo muy bien», queriendo agradar de alguna manera, pero bloqueado por esta aparición inesperada.

—¿Y vienes a bucear hoy? —consiguió añadir—.

—Sí —le respondí mirándole a los ojos, impassible—. Voy a presentar la documentación y ahora embarcaré.

—Genial, entonces saldrás conmigo.

—Salió a cargar las botellas arrastrando su mano por el mostrador en un afán por tocar la mía.

—Sí, sí..., luego nos vemos —le solté, como queriéndome desprender de aquella frase que acababa de oír, retirándole la mirada antes incluso de terminarla—.

La voz de Mauro por fin desapareció y centré toda mi atención en la documentación que dejaba sobre el mostrador y a la señora que tramitaba mi inscripción. No levanté la vista, no quise saber si Mauro seguía deambulando por la sala. Y así me mantuve hasta momentos antes a la inmersión. La presencia de Mauro había empañado mi ilusión de aquel día. Otra persona quizá habría elegido no pasar por ese trago, habría huido de aquel lugar para bucear en otro club, pero yo no era así. Marcharme sería darle la satisfacción de saber que aún me dolía. De ninguna manera. Estaba dispuesta a seguir con mi vida y arrollar a todo aquel que se interpusiera entre mi felicidad y yo. Así que me iba a subir a aquel barco con quien quiera que fuese en él. Entablaría conversaciones con otros buzos, compartiría experiencias pasadas en nuestros inicios en el buceo y Mauro deambularía por la cubierta intentando sin éxito conseguir mi atención con su elocuencia y esa forma de mezclar los chistes con los tecnicismos del buceo y el verde de su cerebro.

Llegó el momento de la inmersión y allí estaba él, mi monitor asignado, haciéndome las señas para que le confirmase si estaba preparada para sumergirme. «Más que nunca» —pensé—. Y, una vez más, entramos en las profundidades del mar, que era como sumergirnos en el palpitable cuerpo de lo que fuimos, de lo que compartimos, de lo que sentimos.

Nos adentramos como lo habíamos hecho tantas veces, pero esta vez era distinto. Ni siquiera se parecía a mi primera inmersión: aquel día en el que el mar me sobrecogía y sin querer soltaba su mano embelesada por la belleza de aquel azul puro y cegador, sintiéndome protegida a su lado. Entonces me alejaba sabiendo que su mano estaba cerca, que miraría hacia atrás y ahí estaría Mauro, ofreciéndome la verdadera dimensión de la belleza, de la grandiosidad de las emociones, lo enigmático del amor, el oleaje de los sentimientos, la fuerza de su cuerpo yendo y viniendo sobre el mío, los mundos de corales bajo las sábanas, el vaivén del vello de su pecho movido por el viento de mi respiración, el azul de las caricias, la falta de aire en las ausencias, la virulencia del rencor, el naufragio de aquella relación, el amor a la deriva muriéndose poco a poco en su propia agonía hasta quedar inerte, flotando en aquel océano, creyendo en la ilusión de que un día fue vida en medio de aquella inmensidad.

Era ahora aquella inmensidad quien me brindaba la belleza. Mantenía mi mano cogida a la de Mauro, pero la sentía como un ancla que me mantenía atrapada en algo de lo que quería desprenderme para siempre. Solté aquel amarre y me dejé flotar entre la espesura de la libertad. Mauro no intentó detenerme, sabía que ya no era una principiante y me permitió alejarme de él. Casi podría oír en su cabeza las palabras que le dirigí cuando la emoción y la sinceridad me asaltaron en la proa del Ocean Dream: «Creo que si algún día dejas de cogerme la mano bajo el agua, sentiré que todo se ha acabado entre nosotros». Fue una premonición. Y recordé las palabras con las que me respondió: «Ni la corriente más violenta del océano podría ahora lograr separarme de ti». Lo que no sabía entonces era que iba a ser yo quien dejase de coger su mano para tomar las riendas de mi vida.

Cuando finalizamos la inmersión volvimos al embarcadero satisfechos por la maravillosa jornada de buceo. Todos nos mostrábamos agradecidos, exultantes de felicidad y con la adrenalina desparramada por toda la cubierta. Fue fácil hacer nuevas amistades entre tanto entusiasmo, más aún cuando enrojecí entre tantas felicitaciones por ser una de las buzas más aventajadas.

—Gracias —dije mientras me despedía—. ¡Tuve un buen instructor!

Me había pasado el año haciendo cursos de buceo en Calvados con inmersiones casi a diario. Además, los viajes realizados en mis vacaciones de verano me habían regalado mucha confianza en el azul y en mí misma.

Desmonté el equipo y, despidiéndome de todos, me dirigí hacia el coche. Lo tenía aparcado en el embarcadero, justo delante del barco.

Abrí el maletero, tiré la bolsa al suelo y empecé a organizar todo mi material mientras me desprendía del neopreno.

En esas andaba cuando Mauro, con paso lento y sin perderme de vista, se dirigió hacia mí y se apoyó en mi coche.

—Dime, Mauro —pregunté—. ¿Pasa algo?

—No, no, tranquila —dijo mostrándome las palmas de sus manos—. Es que he visto que te ibas y quería despedirme.

—Ah..., es que me despedí de todos a la vez, pensé que estabas también ahí.

—Sí, estaba, pero no sé..., ha pasado tanto tiempo... Me alegro mucho de verte, Julia. Te veo muy bien.

Volvió a repetir esa frase: «Te veo bien», que, más que un halago, se había convertido ya en un tic nervioso.

—La vida sigue, Mauro. ¿Cómo esperabas verme? ¿Pálida y ojerosa? No entiendo tu insistencia en hacerme saber que me ves bien.

—No me refiero a eso..., solo que me alegra encontrarte así... Lo he pasado muy mal, Julia. Ha sido un año muy duro, muy difícil. Todo se me vino encima... No sabes la que me cayó —dijo como un niño al que le han regañado por haberse portado mal—.

Hablaba y hablaba con su característica incontinencia verbal. Yo le observaba y veía a alguien extraño, era como si ya no le conociese. Ahora aquella sonrisa y simpatía que me habían cautivado se habían transformado en un rictus apagado que repetía su manual de penas y miserias como si fuese un guion estudiado y repleto de frases hechas. Seguía sin ver más allá de su ombligo. Era tan pueril. Tan egoísta. Pero la vida había comenzado a ponerle en su sitio.

Me inspiraba cierta lástima. Él y solo él había destrozado su vida y la de los suyos a base de engaños y de traiciones. Mauro lucía ahora unas grietas que serían imposibles de reparar. Aun así, se permitió reprocharme que le reclamara mi dinero.

—Aquello me dolió, Julia. Y más aún que lo hicieras por intermediación de un abogado... ¿es que me he convertido en alguien peligroso para ti?

Yo seguía escuchándolo inmóvil, no alcanzaba a entender cómo aquel hombre era capaz de reprocharme nada, después de todo lo que había tenido que aguantar.

—He pasado noches enteras llorando, Julia —decía ahondando aún más en su victimismo—. No imaginas cómo lo he pasado...

—Pues no, no lo sé. Entre otras cosas porque yo no he hablado ni hablo con nadie de ti.

—Lo sé Julia.

—¿Lo sabes? Eso quiere decir que tú si lo haces.

Yo seguía sin dar crédito a aquellas explicaciones, pero le dejé desahogarse. Se escucharon unos gritos desde el embarcadero:

—¡Mauro, vamos!

—Debo irme.

Se acercó a mí y me abrazó. Supe corresponderle rodeándole también con mis brazos. Aquel gesto era una trampa para medir mis fuerzas. Antes de desprendernos me besó tan cerca de la comisura de mis labios que pude sentir de nuevo la humedad de su boca evocando un pasado ardiente, aquellos puentes de ida y vuelta entre nosotros. Fue repulsivo. Sentí un rechazo enorme hacia aquel hombre al que tanto había querido y con el que tanto había compartido.

—¡Hablares, Julia! ¡Te llamaré! —me dijo mientras caminaba hacia el barco—.

Antes de entrar en el coche vi cómo se alejaba. Mauro mantenía firme la mirada en mí. Y yo sentía que no tenía nada más que mirar. Nada más que hablar.

Cuando llegué a casa pensé en aquel encuentro. Lo había imaginado y ansiado tantas veces y, finalmente, había sido tan distinto... tan insignificante. En parte me sentí decepcionada. Y también ofuscada: tenía que liberar todo aquello que había reprimido, que no había podido verbalizar, todos los sentimientos que no pude transmitirle mientras él monopolizaba la conversación hablando de su calvario personal. Necesitaba desahogarme y decidí escribirle un correo.

*Querido Mauro:*

*El tiempo siempre acaba poniendo todo y a todos en su sitio y ahora, desde la calma y el respeto, puedo explicarte y exponer todo lo que me ha*

*sucedido. Me siento cansada de haber sido la diana de todos los males de esta historia y de ver tanta ingratitud, de que se me juzgue sin medida.*

*Te hablo sin censuras y en primera persona, sin uso de bloqueos, ni de entrecomillados, ni de llamadas ocultas, ni de miradas desafiantes. No solicito, ni siquiera, tu amistad. Ahora, pasada la tempestad, recuperada la serenidad y con plena cordura decido acabar con este silencio que me ha acompañado durante tantos meses.*

*Te sigues ahogando en las palabras, aunque utilices ese tono idílico con el que despertarías la empatía incluso de tu peor enemigo. Tienes habilidad para ablandar el corazón y usarlo de escudo ante cualquier reproche. Por el contrario, sabes que yo soy más de letras, así que hago uso de ellas para decirte lo que pienso de este fortuito encuentro.*

*Se llama «CULPA» todo lo que te ha pasado, Mauro. Culpa y remordimiento por haber actuado desde la irresponsabilidad. Por haber hecho tanto daño a todo ser viviente que tenías a tu lado. A toda la gente que te quería. A tu familia. A mí.*

*Siento decirte que no se llama AMOR. Quien ama no engaña, no miente, no falta el respeto.*

*Hoy te habría bastado con una disculpa, nada más. No hacía falta nada más. Y has optado por hablar de ti.*

*Enamoraste a una mujer, le dijiste que la amabas, hiciste planes de futuro con ella... Algo tan hermoso no es nada complicado si nace del corazón, si tus sentimientos realmente son sinceros.*

*Podría enseñarte tu última conversación en la noche anterior a nuestro adiós, donde nada hacía presagiar un cambio de actitud como el que tuviste o recordarte como tan solo una hora antes habías esbozado un «te quiero».*

*Claro que ha sido duro, pero no te importó: actuaste con una falta de sensibilidad increíble, apartándome de tu vida y borrando de un plumazo todo lo que habíamos compartido.*

*Claro que dolió, porque después de todo aún tuve que aguantar a quienes engañaste y fui el blanco de todos los rencores que habías ido sembrando. Pedí respeto y nunca lo obtuve. Ni una respuesta. Silencio. ¿Acaso habría obtenido ese respeto si soy yo en vez de mi abogado quien te reclama lo que una vez te di desinteresadamente? No seas absurdo, por favor. Y, sí, después de un año de silencio decidí cortar todo hilo conductor contigo.*

*Derramo estas palabras, Mauro, con la sensación de que no has entendido nada, porque te faltó el valor para dar la cara y porque volverías a no dar la cara una y otra vez. Te fuiste, una vez más, sin que te importara la integridad de lo que dejabas tras de ti.*

*Te fuiste y me vi convertida en la diana de tus miserias. Jamás me puse, ni*

*me pondría, a esa altura. Como te dije alguna vez, la ignorancia es muy atrevida. Y por encima de todo, como bien sabes, soy una señora. Yo no puedo consentir las acciones de personas que se permiten entrar y salir de mi vida con tanta facilidad y cobardía. Tus des-gracias y tus errores no justifican tus acciones ni te dan ningún derecho para hacer tanto daño.*

*Por eso, hazte un favor y deja de utilizar la pena como justificación. Habrás sufrido, no te lo niego, al fin y al cabo, todos lo hemos hecho ¿Sabes? Sólo que algunos tenemos en cuenta la repercusión de nuestros actos, sabemos aceptar nuestros errores. No eres perfecto, nadie lo es, por eso nunca te reproché, pero siempre pensé que en algún momento de lucidez la autocrítica llegaría para ayudarte, para hacerte más humano.*

*No sé por la situación que andarás atravesando, comprenderás que a estas alturas me importe más bien poco, pero no me alegra lo malo que pueda sucederte, solo pienso que parece buscarlo. Una vez te dije que eras víctima de tus propios errores ¿recuerdas? Y no me equivoqué. En aquellos días, nuestros días sumergidos, recuerdo cuando te aconsejaba que llamaras a tu casa, que hablaras, que dieras la cara, que no hacías lo correcto y que te pasaría factura. También te lo avisé bien claro: «Mauro, no quiero sufrir».*

*Entonces eras tú el que estaba muy seguro de lo que quería...*

*Sufrí por ti cuando salí de aquel apartamento, me preocupé por tu bienestar... ¡Qué boba! Pero, por encima de todo, me respeto a mí misma y un hombre que engaña a dos mujeres deja de merecer el mío propio y mi atención. Lo siento. No voy a entrar a valorar el tipo de relación que os une porque no me atañe, pero dice mucho de cada uno.*

*Te hablo como siempre, desde la serenidad que me otorga una conciencia tranquila y la libertad de acabar con este silencio que me ha aprisionado durante tanto tiempo. Sí, me dijiste muchas cosas, dispares y entre bambalinas, como si fuera un guion estudiado. Las recuerdo y otras las he leído infinidad de veces.*

*Con un «no quiero hacerte daño, no te merezco, no quiero arrastrarte...», qué razón tenías, eso es de lo poco que te honra.*

*No, lo que hiciste no estuvo bien. Y lo que has hecho hoy tampoco. Tus desgracias y tus errores no justifican tus acciones ni te dan ningún derecho para hacer daño a las personas que te quieren.*

*¿Cómo puedes permitirte reprochar nada a una mujer que lo único que ha hecho ha sido quererte?*

*No eres un señor, Mauro.*

*No lo has sido nunca, así te ha ido y te va en la vida.*

*Me permito, incluso, darte un consejo: selecciona bien a tus amigos. Debe*

*ser una condición tuya eso de apartarte de las personas que te quieren y ayudan cuando te equivocas y que te colocan sin artificios frente al espejo para que puedas reconocer tus errores. Deberías saber que esos son los buenos amigos: los que quizá no te dan palmaditas en la espalda ni te rien todas tus gracias, pero siempre saben estar ahí para echarte un cable y escucharte cuando lo necesites.*

*Todos tenemos derecho a equivocarnos, Mauro, a rectificar, a caer y a levantarnos, yo no te juzgo por eso, es lícito y humano. Pero desde el respeto, no vuelvas a mí con quejas pueriles que te pierden en flatulencias verbales. A mí ya no puedes engañarme, Mauro.*

*¿Sabes? Hoy, cuando nos sumergimos, tuve una revelación. En este tiempo he conocido a dos Mauros. De uno me enamoré y el otro ha bajado hoy conmigo a las profundidades del mar. A ese, al que he descubierto hoy, quiero que le ocurran cosas buenas, que algún día aprenda a respetarse y hacerse feliz a sí mismo, sin depender ni hacer daño a nadie. En cambio el otro Mauro, con el que descubrí la belleza del mar por primera vez, con el que me sumergí en sentimientos maravillosos que me envolvieron en las fragancias del amor, se ha quedado allí abajo. Sí, pude sentirlo. Bajaba con nosotros y cuando busqué sus ojos en medio de aquel azul no encontré esa mirada que un día arrojó luz a mi vida, en su lugar había vacío y soledad. Lo he dejado ahogarse en su propia desdicha. Y así, he subido a la superficie contigo y he descubierto que puedo estar cerca de ti sin que me incomode tu presencia, que no te guardo rencor, que perdonándote me liberé, que no me produces más sentimientos que el deseo de seguir mi propio camino por el azul.*

*Ahora, el Mauro del que me enamoré yace allí abajo flotando, ajeno a mi existencia e incapaz de revivir de nuevo todos los sabores y aromas de aquella historia en la que nos sumergimos... ese viaje a las profundidades donde nos adentramos dos almas enamoradas, mecidas por una misma brisa marina...*

*Gracias por soltarme la mano, Mauro. Te estaré eterna-mente agradecida.*

*Suerte y azul.*



Puse punto final y me negué a releer, mi afán perfeccionista me llevaría a corregir cada párrafo hasta cambiar todo el sentido de la carta. Así que sin pensarlo más, le di a «enviar».

Aparté el portátil y me estiré en la cama. Cerré los ojos mientras filtraba por mi mente, como una película, los retazos de esta historia a la que por fin había puesto final. Había escrito la última página de mi relato. Respiré.

Ahora sí. Me sentía serena, tranquila. Feliz.  
Sonó mi móvil, abrí los ojos y me incorporé para leer un mensaje:  
—Bruja, soy Mauro. Te espero en la habitación 212.

# Agradecimientos

Sin prisa y con prudencia espero haber conquistado vuestra atención y vuestra crítica. Gracias a todos los que me acompañáis en esta aventura y a los que habéis formado parte de ella. Porque de cada momento vivido hay una historia que contar, y cada historia es un regalo de algo o de alguien que pasó y se adentró en nuestras vidas.  
Sin perder la sonrisa.